

BOLSILIBROS

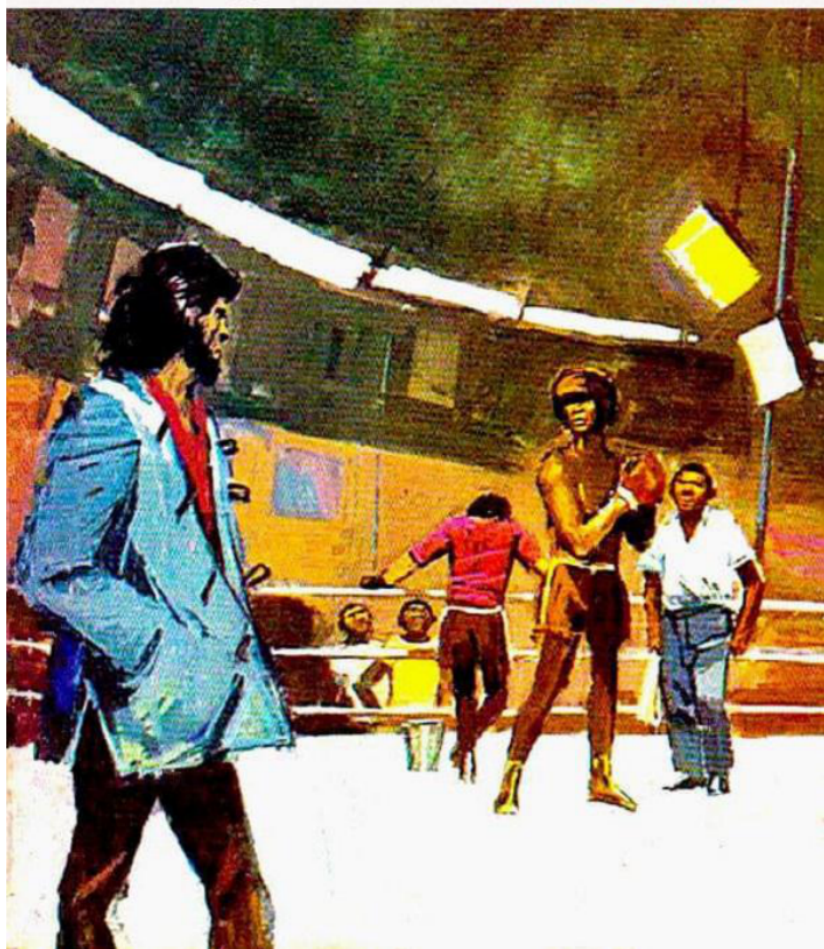


SERVICIO SECRETO

en Harlem, algo se masca

de

Frank McFair



Sam Adeanu era dueño de una droguería y fuente de soda en el trozo final de la calle, muy cerca ya del río Harlem. Una noche de enero, cuando iba a cerrar el establecimiento, observó que alguien abría la puerta de éste y entraba.

—Voy a cerrar —advirtió Sam—. No despacho más.

El otro no respondió. Sam levantó los ojos hacia él.

—¿No me ha oído? —preguntó—. Y además, ¿qué hace usted en esta calle?



Frank McFair

En Harlem, algo se masca

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1165

ePub r1.0

Titivillus 01-12-2019

Título original: *En Harlem, algo se masca*
Frank McFair, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Sam Adeanu era dueño de una droguería y fuente de soda en el trozo final de la calle, muy cerca ya del río Harlem. Una noche de enero, cuando iba a cerrar el establecimiento, observó que alguien abría la puerta de éste y entraba.

—Voy a cerrar —advirtió Sam—. No despacho más.

El otro no respondió. Sam levantó los ojos hacia él.

—¿No me ha oído? —preguntó—. Y además, ¿qué hace usted en esta calle?

La voz de Sam se fue apagando lentamente. En la mano del visitante había una larga navaja que el hombre sostenía de tal manera que no era posible verla desde el exterior.

Era un negro alto que llevaba un chaquetón de cuadros encamados y negros y el cuello de la prenda subido para taparse las orejas.

—Deme el dinero que tenga en la caja —ordenó el negro.

—Lo que voy a hacer es darle un puntapié —dijo Sam, que estaba más irritado que asustado—. Tire eso y lárguese antes de que lleguen los muchachos. Si alguno de ellos lo viese por aquí...

El negro dio dos pasos hacia adelante. Al hacerlo dejó ver detrás de sí las figuras de otros dos. Sam comenzó a intranquilizarse. Los negros no solían bajar hasta aquella calle como no fuese de día y hubiese policía muy cerca. Casi nunca, o nunca, lo hacían de noche.

—O me da lo que tiene en la caja o le saco las tripas —dijo el negro—. Vamos, rápido, hijo de perra. Démelo o le saco las tripas.

Sam cogió un pesado frasco de cristal, lleno de dulces, y se lo tiró al negro. Éste se agachó y el frasco fue a caer en los brazos del segundo negro.

Sam lanzó un aullido al ver al negro venírsele encima. Un ágil salto llevó a éste por encima del mostrador y el arma se enterró en el pecho del droguero.

—Toma —dijo el asesino—. Toma y toma.

Cada «toma» iba acompañado de un nuevo navajazo. Sam se llevó las manos a la parte herida, abrió la boca y se volcó hacia adelante, estertoreando. El segundo negro se inclinó sobre él.

—Está listo —dijo—. A ver qué dice ese bastardo de su hijo.

Habían entrado tres más en la droguería. Uno de ellos abrió la caja registradora y sacó todo el dinero que había en ella, mientras otro echaba las cortinas interiores del escaparate. Luego comenzaron a destruir todo lo que había susceptible de ser destruido en la tienda. Rompieron los frascos de caramelos, abrieron la fuente de soda, y desparramaron los helados por el suelo.

Luego apagaron la luz, y el asesino del droguero se asomó a la calle. Hizo una seña con la mano. Uno tras otro, los negros salieron a la calle. Se perdieron en la niebla.

Sam no había muerto. Con las manos fuertemente apretadas contra el vientre se arrastró por detrás del mostrador, intentando salir de él. De vez en cuando lanzaba un gemido en el que empleaba todas sus fuerzas, pero que apenas llegaba a oír él mismo.

Fue así como lo encontró Ab Gebrescu, que casi todas las noches pasaba a recoger a su amigo para tomar un trago antes de retirarse a sus casas. Extrañado al no ver luz en la droguería, Ab empujó la puerta y tropezó con un frasco de cristal roto cerca de ella.

Comprendió que algo grave había pasado, llegó al interruptor de la luz y lo accionó. El espectáculo que vio lo descompuso de tal manera que estuvo a punto de vomitar, vencido por las náuseas.

—Sam... —murmuró—. Sam...

Se agachó sobre su amigo.

Éste tenía los ojos muy abiertos y los hacía girar lentamente.

—Unos... ne... gros... —articuló penosamente.

Las palabras acabaron en un ronquido estremecedor. No murió instantáneamente, pero ya no pudo añadir nada más. Ab vaciló entre el deseo de echar a correr para buscar ayuda y el de quedarse para ayudar a su amigo. Por fin el sentido común y el espanto que le causaba aquella cara contraída le obligaron a salir a la calle para pedir auxilio.

* * *

Morton McFee levantó la mirada de los papeles que tenía encima de la mesa y la fijó en los dos hombres que acababan de entrar en su despacho.

Primero lo hizo el inspector Gleason y luego el agente Kleist.

—*Bye, bye* —dijo Morton—. Tengo trabajó..., compañeros, pero sentaos y fumad un cigarrillo, vosotros que podéis hacerlo sin remordimientos de conciencia.

—Más trabajo vas a tener dentro de un rato —contestó Gleason—. Hace unas horas han matado a un judío en su tienda, en la calle 140.

—Hitler mató a seis millones de ellos —respondió McFee guiñándole un ojo a Kleist, pero éste no respondió al guiño, porque no le gustaban los chistes acerca de su raza—. No he tenido tiempo de leer los partes.

—Pues debieras haberlo hecho —respondió Gleason—. Lo mataron unos negros. Se lo dijo a un amigo suyo antes de morir.

Miraba concentradamente ante sí, por lo que McFee comprendió que las bromas estaban de más en ese momento.

—Bien, continúa —dijo.

—El hombre tiene un negocio de droguería en la calle 140, y antes de morir pudo decirle a un amigo qué los asesinos habían sido unos negros. Pero no acaba ahí la cosa. El hijo del droguero ha dado a entender en los interrogatorios que sabe quiénes fueron los asesinos y que piensa ajustarles las cuentas personalmente.

—Eso no es nada nuevo. Ocurre todos los días. Siempre hay algún ajuste de cuentas. ¿Qué más hay? Por una cosa así no te preocuparías tanto.

—Ha dicho el comisionado que nos ocupemos nosotros de este asunto. Ha añadido más: va a ser este departamento, al que perteneces aunque tengas el pensamiento puesto en Florida y en los bañadores de dos piezas, el que se va a ocupar de la recomendación de la UNESCO sobre la cuestión racial.

—No —dijo McFee bajando los pies de la mesa.

—Sí —respondió el inspector.

Kleist sacó un puñado de papeles de una cartera y se los tendió a McFee. Éste les echó una ojeada y los apartó a un lado con impaciencia.

—Habéis aprovechado mi estancia en Florida para haceros cargo de este apestoso asunto.

Gleason se encogió de hombros.

—El comisionado ordenó que la sección a la que perteneces aunque... etc., se pusiera de acuerdo con la UNESCO, y nos designó a

nosotros tres.

—¿Por qué la jefatura? ¿Por qué no la comisaría, una de las comisarías cualesquiera?

—Tiene que ser la jefatura, muchacho. Tenemos que ser nosotros. Y esto está fuera de toda discusión.

—Me gustaría saber quién de nosotros tres se va a entender con esa partida de cotorras de la UNESCO —dijo McFee—. Aunque me temo que voy a tener que ser... yo.

—Las gallinas de la UNESCO quieren intervenir en la cuestión racial —dijo Kleist mientras encendía un cigarrillo y lanzaba una nube de humo en dirección a McFee.

—Entender en la cuestión racial queremos todos, a excepción de los gobernadores del sólido Sur —respondió McFee hastiado—. Pero lo que la gente de la UNESCO y de los derechos civiles quiere es editar lujosos folletos asegurando que «no hay cuestión racial», basándose en que un club de blancos ha admitido en su seno a un negro, lo cual prueba la falta de prejuicios raciales por parte del ciudadano medio americano. Pero nosotros sabemos que existen los Black Panthers, y el Poder Negro y la discriminación, y todo lo demás. Y tenemos que luchar contra todo ello.

—Bueno, no vamos a discutirlo ahora, y eres injusto —respondió Gleason—. Uno de nosotros tiene que ir a las Naciones Unidas y entrevistarse allí con... —Echó una ojeada a los papeles y añadió—: Míster T. Felder. No sé lo que querrá ese Felder, pero trátalo con guantes de gamuza y procura no meternos en líos. El viejo ha sido muy claro acerca del particular. Se ha hablado últimamente demasiado sobre las brutalidades de la policía con los negros.

—Bueno, ¿y para qué nos quieren?

—No lo sé. Quizá quieran alguna estadística, o pretendan dártela. Acéptalo todo: promete lo que sea, miente, si es necesario, pero no nos dejes en mal lugar. El comisionado está muy interesado. Procura dar la impresión de que queremos colaborar con todo entusiasmo.

McFee asintió ceñudamente.

—Veré a ese Felder. Pero ¿qué diablos tiene que ver todo esto de la UNESCO con el asesinato de un droguero, si vamos a ver?

—Porque todo lo que hiciera ese muchacho, el hijo del muerto, en contra de un negro, podría tomarse no como una venganza

personal, sino racial.

Kleist se detuvo como si estuviera eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Porque son negros, vamos, el mundo podría tomarlo así, y los primeros, los negros. Y no quisiéramos ver esta zona de la ciudad convertida en un nuevo Watts como hace tres años, ¿verdad?

—Puedes ver al muchacho —intervino Gleason—. Está aquí. Lo ha traído Murchison, uno de los ayudantes del fiscal. En las actuales circunstancias, cualquier jaleo sería algo que nos quemaría las manos. Lo que necesitamos es desviar la atención de ese asunto, y para ello lo mejor es aclararlo.

—Está bien —respondió McFee—. Está bien, muchachos. Iré a ver a ese Felder y me tragaré sin pestañear todos los embustes que quiera soltarme.

Los tres salieron del despacho de McFee y se dirigieron a otro. En la habitación había varios hombres y un muchacho de unos veintidós años. Fue a éste a quien miró primero McFee.

El joven tenía el pelo negro y los labios ligeramente gruesos, pero el resto de sus facciones era de una notable corrección. Los brillantes ojos negros le devolvieron la mirada y no parecía haber miedo en ella.

Murchison, el ayudante del Attorney, estrechó la mano de McFee.

—Estoy tratando de hacerle entrar en razón —dijo en voz baja.

—¿También ustedes han recibido cartitas perfumadas y dulces de la UNESCO? —preguntó McFee.

—Bueno, sí —respondió Murchison desconcertado—. Pero aun, cuando no hubiéramos recibido ciertas instrucciones, no...

—Va a resultar ahora que la política de guante blanco ha sido siempre el lema de la oficina del fiscal —respondió McFee sonriendo—. Bien, Murchison, ¿puedo echarle un vistazo al muchacho?

Murchison asintió. McFee se volvió hacia Adeanu.

—¿Conoce a los asesinos de su padre? —preguntó.

El otro bajó la mirada y la mantuvo ceñudamente clavada en la punta de su zapato.

—Está bien, se lo diré yo. Pensó que podría hacer con los negros lo mismo que ellos hicieron con su viejo, ¿verdad?

—A mi padre le dieron cuatro cuchilladas —dijo por fin el

muchacho—, y cuando encuentre al hijo de perra que lo hizo, le voy a dar otras cuatro en el mismo sitio. Ahora ya lo sabe usted.

—Cállese —ordenó Gleason fríamente—. ¿Quién se ha creído que es?

McFee lo cogió por la solapa y lo atrajo hacia sí hasta que ambas caras estuvieron muy juntas.

—¿Quién mató a su padre? —preguntó de nuevo.

—¡Quieto! —ordenó Murchison—. ¡Quieto, McFee, no maltrate a ese hombre!

McFee les volvió la espalda, se encogió de hombros y se dirigió a la salida. Los demás le siguieron.

—No quiero que atemorice a mis testigos —dijo Murchison—. Nosotros tenemos que hacer nuestro trabajo.

—¿Va a tratar a ese muchacho como cómplice o va a intentar convencerlo de que no sea malo? —preguntó McFee torciendo la boca—. De eso dependen muchas cosas.

—No quiero sentarle en el banquillo de los testigos. Haría mal efecto después de las notas de recomendación que hemos recibido de la UNESCO.

—Con la anunciada visita a Rusia del presidente y con los líos de Indochina, no podemos querer un escándalo periodístico —respondió Gleason impaciente—. No va a ser en Nueva York, si podemos evitarlo, donde se produzca el chispazo.

—Está bien —dijo McFee—. Vigilaremos al chico. ¿Qué más podemos hacer?

—Eso —replicó Murchison— es otra cosa. Que lo vigile la policía, Gleason.

—Bueno —respondió este último.

—Pero —añadió el ayudante del fiscal— no quiero que atemorice a mis testigos. No quiero nada que huela a escándalo. Son las órdenes que hemos recibido.

Gleason se volvió a McFee.

—Vete a hablar con míster Felder. Aunque bien sabe Dios que en el estado en que te encuentras no debería recomendarte nada por el estilo. Recuerda bien lo que te he dicho, Morton. Recuérdalo.

—De acuerdo —respondió Morton sin entusiasmo. Y salió para buscar su coche.

CAPÍTULO II

Llegar hasta el edificio de las Naciones Unidas le llevó casi una hora, lo que no contribuyó ni mucho menos a aliviar su mal humor. Cuando alcanzó el despacho 215, privado, del piso 22, y empujó la puerta de cristal esmerilado, venía preparado para cualquier cosa menos para lo que encontró en él.

Un par de ojos castaños, muy separados entre sí, lo miraron desde detrás de una mesa con cubierta de cristal. Pertenecían a una joven de unos veintiocho años, vestida con un ajustado traje de punto color caldero.

—Quiero ver a míster Felder, encanto —dijo McFee.

—Lo está usted viendo —respondió la joven.

Con el lápiz que tenía en la mano señaló la placa de identificación sobre la mesa y que el agente de policía ni siquiera se había molestado en mirar.

McFee se quedó parado.

—¿Qué le ocurre? ¿No sabía que Felder era una mujer?

—No —respondió Morton con sinceridad.

—Pues lo soy. Y no soy «encanto», en cambio.

—Eso es muy discutible. Bueno, de todas formas no creo que tenga importancia. Mi nombre es Morton McFee, de la jefatura de policía. Creo que querían ustedes hablar con nosotros.

La muchacha le indicó una silla. McFee se sentó.

—El fiscal se ha puesto al habla con nosotros y nos ha informado del asesinato de ese hombre de la calle 140. Como de todas maneras teníamos que tomar contacto con ustedes, nos ha parecido una buena ocasión para ello.

—Coordinar —dijo McFee seriamente. Ella le miró con expresión dudosa.

—Pues..., sí. ¿Algún inconveniente?

—Ninguno en absoluto. Nosotros estamos dispuestos a colaborar en todo. ¿Qué debemos hacer?

—Estadística —dijo ella en cuyos ojos persistía la expresión dubitativa— está ocupada en controlar todos aquellos casos de

fricción racial ocurridos entre negros y blancos durante los últimos años. No sé si me estoy explicando bien.

—Perfectamente —asintió McFee con igual seriedad.

—Queremos saber si se trata solamente de reacciones producidas por una manera especial de enfocar los asuntos raciales por los blancos o si obedecen a causas más profundas.

—Supongo que se referirán a casos sucedidos solamente en el Norte, ¿verdad?

Ella asintió. McFee sacó un paquete de cigarrillos, le ofreció uno y se lo encendió.

—Así que todo lo ocurrido en el Sur, linchamientos, discriminación en las escuelas, asesinatos de líderes como Martin Luther King, etc., los pasan ustedes piadosamente por alto.

La joven respondió secamente:

—Tenemos orden de ocupamos exclusivamente de los casos en el Norte. Por lo menos en esta oficina.

—¿Orden de quién? ¿De la Casa Blanca? ¿Del Attorney del Tribunal Supremo? ¿Del secretario de justicia?

McFee recordó de pronto las palabras del inspector Gleason y cerró la boca. La voz de ella tenía ahora un leve timbre metálico:

—Sea como fuere, inspector McFee, se nos había dado la impresión de que la oficina del fiscal y la jefatura de policía colaborarían con nosotros. Al menos ésa era mi impresión. Usted me dirá si efectivamente solo era una impresión mía.

McFee la contempló durante un momento. Su rostro estaba perfectamente serio cuando dijo:

—¿Quiere que discutamos todo esto ante un plato de *ravioli*? Es mediodía y tengo hambre.

* * *

La terraza parecía un bosque en miniatura de antenas de televisión. La ropa puesta a tender sobre alambres de colores se balanceaba en el aire helado de la tarde.

Un sol rojizo ensangrentaba las sucias aguas del Hudson y arrancaba cegadores destellos en los cristales de Brooklyn.

Pet Adeanu asomó la morena cabeza por la salida a la terraza y miró a su alrededor.

Un chiquillo de unos diez años, vestido con un chaquetón y un par de *blue-jeans* andrajosos, salió de entre las sombras de la balaustrada. Llevaba en la mano una jaula en la que un pájaro negro se mantenía muy quieto.

—Quiero ver a tu hermano, Johnnie.

—No sé dónde está —respondió el niño.

El pájaro lanzó un desagradable graznido.

—Es muy importante, Johnnie.

Johnnie alzó la jaula para mirar al pájaro.

—¿Se lo decimos, «Rocky»? —preguntó.

El cuervo graznó otra vez y el chiquillo levantó la mirada para fijarla en Pet. Johnnie Mendel era un retrasado mental, cuyos diez años equivalían apenas a la mitad de cualquier otro muchacho.

—Está en lo de Pop Papirosh.

Pet Adeanu se inclinó sobre la balaustrada y miró a la calle. En la acera de enfrente, junto a la tienda de Delikatessen de Farben había un hombre con una trinchera gris.

Pet escupió con desprecio y se dirigió a la terraza vecina. La salvó de un ágil salto y de esta forma cruzó tres o cuatro edificios. Al llegar a la que pertenecía a la casa de la esquina, se metió por la trampilla de salida y descendió la escalera.

Salió a la calle, batida por el viento, que acababa de llevarse la niebla hacia el interior.

El intenso frío le cortó la piel. Se subió el cuello del chaquetón hasta las orejas y se dirigió hacia la sala de billar de Pop Papirosh.

Al abrir la puerta, una bocanada de aire caliente le dio en la cara. El aire, enrarecido por docenas de cigarrillos, algunos de ellos no de tabaco, le privó de la visión por un momento.

Era la primera vez que entraba allí. Sentía en el pecho una opresión que en ocasiones amenazaba con ahogarlo. Y todo se debía a que aquel lugar le causaba un pánico aterrador.

—¿Está por ahí Jacky? —preguntó a uno de los empleados de Pop.

Para entonces ya podía ver a su alrededor.

Cerca de él, agrupados en torno a una mesa, veía las caras de Amton Golek, el hijo del sastre, la de Mike Rom, que fue ayudante en una carnicería donde Pet comprara muchas veces la carne sacrificada según el rito hebreo.

La de Toby Blume, que quería ser boxeador y que había ido con él a

la escuela...

A todos los conocía bien, los había visto en miles de ocasiones, hasta que sus vidas tomaron diferentes rumbos. Y sin embargo...

Sin embargo, con un estremecimiento, se dio cuenta de que era aquélla la primera vez que los veía tal y como eran en la realidad.

Hubiera querido que su voz sonase seria, firme, pero no consiguió sino un ronco graznido.

Iluminados por la luz fluorescente, aquellos rostros le parecían distintos. Los ojos inexpressivos, los morros de los que colgaban los cigarrillos, le resultaban desconocidos.

Sintió vacilar su determinación, pero el recuerdo de la cara de su padre le llegó, agudo, casi dolorosamente físico.

Los párpados le quemaban.

—¿Sí? —preguntó Sam Blume, el hermano de Toby, que en ese momento picaba la bola para darle efecto.

—Quiero hablar con Jacky —respondió Pet tercamente.

Dan tenía la nariz larga y ganchuda, como todos los Blume, excepto el padre, al cual docenas de combates de boxeo se la habían reducido a la apariencia de una bellota.

En ese momento Pet se dio cuenta de que había alguien detrás suyo. Su aprensión fue convirtiéndose en miedo. Había oído hablar de las cosas que podían ocurrir en el billar de Pop Papirosh.

—Quizá Jacky no quiera verte a ti —respondió Dan con el mismo tono perezoso.

Una mano se posó en el hombro de Pet y otras dos le inmovilizaron los brazos. Sintió que su miedo aumentaba, pero se mantuvo firme.

—¿Qué haces aquí, muchacho? —preguntó una voz a su espalda—. ¿Espiendo?

—Dejadlo —dijo Dan Blume sin moverse de la mesa. Había acabado la tacada.

Un círculo de rostros y de cuerpos se había estrechado junto a Pet. La contraída figura del giboso Pop Papirosh apareció, hediendo el círculo como un quechemarín hiende las olas.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

A su lado llegaba Jacky Mendel. Pet rompió de pronto a sudar, de alivio. Por lo menos, con Jacky intentaría entenderse. No sería así con todos aquéllos a los que nada le unía ya.

—No pasa nada, Pop —dijo Dan—. Seguro que nada ocurre, Pop.

—Más vale.

Los ojos del griego, negros y grandes, se fijaron en Pet y mantuvieron fija en él una mirada penetrante. Eran unos ojos muy bellos, con largas pestañas, que desmentían el cuerpecillo contrahecho.

—No te va a ocurrir nada, muchacho —dijo a Pet—. No tienes que tener miedo. Siento lo de tu padre.

—Sí —dijo Pet trabajosamente—. Gracias.

Y añadió:

—Gracias, Pop. Sólo quería hablar un momento con Jacky. Quiero decirle algo.

—Hazlo, muchacho. Nadie te lo va a impedir. Y vosotros, aquí no ha ocurrido nada. Vamos, seguid jugando. Y apagad los petardos. No quiero oler ni uno más.

—No queremos espías aquí —dijo uno de ellos.

Pop se volvió hacia él:

—Pet puede hablar con Jacky, ¿lo habéis oído? Supongo que a nadie le va a importar, ¿verdad?

Luego, cojeando, se alejó.

Jacky Mendel se volvió a Pet.

—¿Querías verme? —preguntó.

Sacó un cigarrillo lentamente del bolsillo de la chaqueta.

—¿Para qué, muchacho?

Cuando Manashé Mendel llegó a los Estados Unidos, procedente de la Besarabia, donde acababa de producirse un horroroso *pogrom*, era un buen sastre.

Greyó que con ello podría ganar lo suficiente para alimentar a su familia. Estaba muy equivocado.

La cadena de almacenes para la que trabajaba le pagaba a pocos centavos la pieza cosida, aprovechándose del abaratamiento de la mano de obra. Habían llegado muchos obreros procedentes de Alemania y Polonia.

Manashé intentó protestar y los resultados no se hicieron esperar. Dos matones, pagados por los almacenes, lo esperaron una noche, cerca de su casa, y cuando acabaron con él había perdido un ojo y tenía una pierna inútil.

Manashé no se arredró.

Si no podía ganar dinero por el camino legal, lo haría por el ilegal.

Montó un pequeño negocio de ropa vieja y se estableció como perista, comprador de objetos robados.

Y si no prosperó mucho, porque la competencia era dura, al menos pudo alimentar a sus doce hijos, de los cuales eran los más jóvenes Yakub, al que conocían por Jacky, y Yon, al que llamaban Johnnie. Jacky tendría unos veintitrés años. Tenía la cara pálida y el pelo castaño y abundante. Llevaba una camiseta a rayas azules y blancas, y tenía echada al desgaire una canadiense forrada de piel.

—Puedo..., ¿puedo hablar aquí? —preguntó Pet.

—Si tienes lengua, sí. Y, Pet, no me gusta que me molesten aquí. ¿No lo sabías?

—Sí, Jacky, pero no sabía dónde encontrarte si no era aquí. Bueno, un par de «polis» me han estado siguiendo estos últimos días.

—Estoy perdiendo mi tiempo, Pet. ¿Ves aquella nena? Pues mi tiempo es para ella, no para un tipo como tú. Vamos, Pet, desembucha.

—Yo... bueno, Jacky, no sabía dónde volverme, pero algo hay que hacer. Mataron a mi viejo, lo sabes. Y fueron unos negros, Jacky, unos negros.

—Bueno, ¿y qué?

—Quiero darles lo mismo que dieron a mi viejo, Jacky.

—Bueno, pues dáselo.

—¿Es que no me entiendes? No puedo hacerlo yo solo. Ellos son varios, y yo no voy a hacerlo solo. Sería tanto como... —Se pasó el dedo por el cuello significativamente.

La muchacha se había puesto en pie y se acercaba a ellos. Un cigarrillo sin encender colgaba de sus labios.

—Vamos, Jacky, ¿qué haces? —preguntó—. ¿Se puede saber lo que haces, Jacky?

—Vete a tu asiento —ordenó él.

Jacky le dio un azote. La muchacha, que estaba bastante bebida, dio un traspie. Jacky se volvió de nuevo a Pet.

—Lárgate y olvida todo eso, Pet. Tu viejo ha muerto, ¿no? Pues si alguna vez encuentras a quien lo hizo, le das la boleta y en paz. ¿Qué hay con ello?

Pet estaba pensando en su padre. Había sido muy bueno con él. Había sido un padre excelente.

Y recordaba que había muerto por culpa suya. Sintió que los ojos se

le llenaban de lágrimas. Le abrasaban los párpados.

—Está bien —dijo tensamente.

—Bien, ¿qué? —preguntó Jacky.

—Lo haré yo, sí, porque vosotros no sois más que una pandilla de piojosos. Fíjate bien en lo que te digo, Jacky Mendel: mi padre era un buen hombre y lo mataron los malditos negros de la 125, los negros de Nat.

—Y todo eso se lo habrás dicho a los «polis» cuando te tuvieron en la comisaría —respondió Jacky despreciativamente, pero con los oscuros ojos alerta.

—No, no he dicho nada. Sólo saben que son unos negros, porque mi padre lo dijo antes de morir. Sólo saben eso, pero cuando yo acabe con Nat van a saber algo más.

Jacky pareció vacilar. Muy ligeramente, pero vaciló.

Puso una mano encima del hombro de Pet, pero éste se la sacudió.

—Te digo que te olvides de todo eso, muchacho. No te metas con Nat. Te ibas a romper los dientes con ese bocado. Es un consejo.

—Si nadie me quiere echar una mano, me sobran todos tus cochinos consejos. Fíjate bien en lo que te digo, Jacky: aunque me corten a tiras voy a ir a buscar a ese maldito negro de Nat y le voy a meter el cuchillo en el vientre.

Hizo una pausa. Jadeaba.

—Y té digo otra cosa: lo que pasa es que les tenéis miedo a los negros de la 125. Y que dentro de poco, los negros de Nat van a venir aquí para quitaros las chicas y para escupiros a la cara. Lo de mi padre no fue más que empezar. Ya los tenéis aquí, Jacky, aunque aún no los veáis.

Jacky alzó la mano, pero no llegó a bajarla.

Una voz dijo detrás de él:

—Quieto, Jacky. No le pongas encima la mano. Y tú, muchacho, vete. Aquí no queremos peleas.

Pop Papirosh se había colocado entre ambos.

—Vete y no armes líos, muchacho. Vete y sé un buen chico, ¿me oyes? Un buen chico, Pet.

Pet se sintió ligeramente hipnotizado por aquella voz dulce, lenta y machacona, de una belleza de timbre que contrastaba con el contrahecho cuerpo del judío de Salónica.

Pop le puso la mano sobre el hombro.

—Conocí a tu padre, Pet, y alguna vez hemos tomado un par de tragos juntos. No creas que no siento su muerte, pero eso son cosas pasadas. Hay que olvidarlas, Pet. Tú eres un buen chico y Jacky Mendel también es un buen muchacho.

Pet tuvo la clara idea de que Pop Papirosh le estaba transmitiendo un mensaje.

—Sí, Pop, por cierto —dijo.

Dio media vuelta y el círculo de caras se abrió ante él. Pop lo acompañó hasta la puerta y la cerró detrás de él. Pet se encontró de nuevo en la helada calle.

Al doblar la esquina vio la trinchera oscura, y el poseedor de la prenda lo vio a él. Era un hombre corpulento y llevaba el sombrero muy caído sobre los ojos.

—¿Dónde ha estado, Adeanu? —preguntó.

—A usted, ¿qué le importa? —respondió insolente el muchacho—. En mi casa. ¿Hay alguna ley que me prohíba salir a la calle?

Y siguió andando. El hombre, evidentemente, no tenía instrucciones para aquel caso concreto. Lo siguió con la vista, pero no intentó detenerle.

Delante de la puerta de la casa de Pet había un hombre sentado en los escalones. Era un viejo de larga y rala barba, vestido con ropas oscuras y sombrero plano.

Pet lo conocía bien. Era Joseph Weiss, el rabino de la sinagoga de la calle 141. Había sido amigo de Sam Adeanu.

—He venido a ofrecerte nuestra ayuda —dijo en un ronco murmullo.

—Gracias, Reb, pero nada necesito.

—Estoy seguro de que...

—Al diablo —dijo Pet entre dientes. El hombre, que parecía un chivo tristón, lo miró.

—Está bien, muchacho, pero recuerda que la congregación te tenderá una mano cuando lo necesites. Nada más que eso he de decirte.

Y comenzó a bajar las escaleras. Pet escupió en su dirección y casi enseguida se arrepintió de ello.

Fue al entrar en su cuarto, vacío ahora que su padre faltaba, y cuando vio el libro que su viejo se dejara sobre la mesa, el libro que no había acabado aún de leer cuando lo mataron...

—Padre —dijo con los dientes apretados—. Padre... Yo... tengo que hacer algo por ti.

CAPÍTULO III

Casi todos los hombres que en ese momento estaban desocupados en el gimnasio se hallaban congregados en torno al *ring* número 6. En él dos muchachos jóvenes, provistos de guaníes y cascos, se batían con fiera y decisión.

Pop Papirosh se abrió paso entre los que contemplaban la pelea y se colocó junto a un hombre en mangas de camisa que sostenía un puro entre los dientes.

En aquel momento, uno de los contendientes, el negro, golpeó a su contrario y el cuerpo de éste, rebotando en las cuerdas, cayó al suelo.

El hombre del cigarro se volvió a Pop.

—Bueno, ¿eh? Hay en ese chico un campeón para Manhattan, vaya si lo hay.

—Necesito hablar contigo, O. C. —dijo Papirosh—. ¿Puedo hacerlo ahora?

—Sí, hombre, claro que sí. Ven a tomar una copa.

El despacho de O. C. se hallaba situado en una de las esquinas del gran gimnasio.

O. C. se sentó en una silla, tras de su mesa, e indicó otra con el puro a Papirosh.

—Si ese chico no se malogra —dijo—, fíjate bien en lo que te digo, Pop, tengo campeón para Manhattan. Pero...

Sacudió el puro.

—Hay que evitar que se malogre, amigo. Hay que hacerles pasar hambre, Pop. Cuanta más hambre tienen, con más coraje se baten. Eso es lo que hay que hacer, te lo digo yo. Igual que...

Buscó el símil.

—Igual que con los perros, Pop. Hazles pasar hambre y los tendrás siempre a punto. Atibórralos de comida y se dormirán en un rincón. No, hazme caso. Yo sé lo que me digo.

—Quiero hablarte del hijo de Adeanu, O. C.. Ayer estuvo en mi billar.

—¿Adeanu? No lo conozco. No viene por aquí.

—No es de éstos, O. C. Ayudaba a su padre en una droguería. Al padre lo mataron en su negocio. ¿No lo recuerdas?

—Sí, Pop, ahora caigo. Lo mataron unos negros o algo así, ¿no?

Pop asintió con la cabeza. Con sus largos cabellos grises y su gran nariz recordaba curiosamente a Einstein.

Dijo por fin:

—Sí. Iba pidiendo ayuda. Me refiero al chico. Quería que Jacky y algunos de los muchachos le echasen una mano para darles lo suyo a los que bajaron al viejo.

O. C. masticó la punta de su puro hasta reducirla a hilachas.

—Desembucha, Pop. No has venido aquí solo para decirme eso.

—No quiero...

Pop hablaba en voz baja y dulce.

—No quiero meterme en líos con la policía, O.

C. No

en esos líos. Me han citado un par de veces. Poca cosa. Marihuana en poca cantidad, un par de robos cometidos por algunos de los chicos que frecuentan el billar, pero no me gusta una cosa...

Hizo una pausa.

—No me importa si Pet Adeanu coge una pistola y le mete una bala en la cabeza al que mató a su viejo. Pero Jacky Mendel está metido hasta el cuello en la banda de Micky Cadogan. A Mendel lo conoces.

—Sí, Pop, lo conozco. Uno de sus amigos, Blume, creo, quiere calzarse los guantes. No es gran cosa. Ayer se lo puse de *sparring* a Soozanne, y éste lo meneó bien.

—Bien. Pues Mendel está con Micky Cadogan.

—Pero, Pop, ¿qué tiene que ver una cosa con otra?

Pop respondió con otra pregunta:

—¿Qué tal te llevas con los negros que vienen al gimnasio, O. C.?

—Hombre..., como con todos. ¿No te acabo de decir que ese muchacho al que has visto en la lona puede conseguir un título si se aplica? Como con todos. Pop. ¿Qué diablos estás tratando de decirme, Pop?

—Los que mataron al droguero son los negros de Nat, el de la calle 125, O.

C. Josh

Nat.

O. C. levantó la mirada y la fijó en Pop.

—¿Qué dice la policía, Pop?

—Supongo que no saben nada. Han tenido al chico de Adeanu en la comisaría, pero no creo que haya abierto la boca.

Agitó la gris melena.

—Quiere vengarse personalmente. Pero si lo siguen, pueden llegar a saberlo. ¿Qué ocurriría si Cadogan y Mendel deciden ayudar a Adeanu? ¿No ibas a tener jaleos con tus negros?

O. C. se puso en pie. Tiró el deshecho cigarro a un rincón.

—Si alguno de esos malditos piojosos se mete en mi camino, soy capaz de cualquier cosa. ¿Oyes, Pop? De cualquier cosa. No me van a hacer tirar mi dinero a la calle.

Se paró ante Pop. Agitó su gordo dedo ante él.

—Escucha, Pop, no tengo nada contra Nat ni ninguno de su pandilla de morenos, pero si arman lío no voy a cruzarme de brazos. Aquí se viene a pelear con los guantes y eso es lo que quiero que siga sucediendo.

Se había puesto rojo de furia.

—Una vez tuve un jaleo entre negros y blancos y me dejaron el gimnasio convertido en un gallinero. No quiero que...

Pop estaba mirando hacia el gimnasio a través de los cristales del despacho.

—Mira —dijo.

Un grupo de hombres acababa de entrar en la sala. Delante de ellos iba uno alto, de pelo larguísimo que le caía sobre los hombros, y que llevaba una trinchera clara con el cuello subido.

—Ése es Cadogan —dijo Pop innecesariamente.

O. C. salió del despacho y se dirigió hacia el grupo, el cual iba hacia uno de los cuadriláteros, en el que dos muchachos de color hacían guantes.

Al ver al grupo, uno de los negros, con expresión cautelosa, comenzó a quitarse rápidamente las manoplas.

—Hola, Mendel —dijo O. C.—. ¿Has venido a echar una ojeada por aquí?

—Sí —respondió Jacky Mendel—. O. C., ¿no conoce a Cadogan?

—Sí. Gusto, Cadogan.

Cadogan no respondió. Sus erráticos ojos de color azul muy claro miraban al negro.

—Sí —repitió Jacky—. Hemos venido a echar una ojeada, pero más

a ver a ese hijo de tal por cual.

Estaba señalando al negro que se quitaba los guantes.

—Ayer, O. C., golpeó a un muchacho mío, a Blume, aquí presente. Y nadie va a pegar a uno de mis muchachos, O.

C. Usted

lo sabe.

—Blume hacía de *sparring* con Soozanne, eso es todo —dijo O. C.

—. Blume no tenía derecho a quejarse.

Su voz se fue perdiendo en un murmullo. Los ojos de Micky Cadogan se habían vuelto hacia él.

—Si un negro golpea a un blanco, hay que hacerle tomar el doble de la medicina —dijo Cadogan fríamente—. Tú, negro, baja de ahí.

—Micky —dijo Pop suavemente. El irlandés se volvió hacia él.

—¿Qué, Pop?

Muchas caras se habían vuelto hacia ellos.

Varios de los muchachos que ganduleaban por la sala, se habían ido acercando.

Micky y los suyos se encontraron pronto encerrados en un círculo de caras.

—Micky —repitió Pop—, más vale que os vayáis todos de aquí. No podéis formar un lío aquí, Micky.

Cadogan parecía no haberle oído.

Se volvió hacia Soozanne, el boxeador negro.

—Vamos, negro, estoy esperando a que bajes. Hemos venido para charlar un rato contigo.

El negro dijo, sin moverse:

—A mí me señalaron un *sparring*. Yo no tengo la culpa de que fuese flojo.

—Baja y ya veremos quién es el flojo —dijo Toby Blume con una mirada asesina en sus ojos—. Baja, maldito perro negro.

Los del grupo de Cadogan habían dado un paso hacia adelante.

Llevaban las manos metidas en los bolsillos y era fácil ver que iban armados y que «querían» a Soozanne.

En ese momento, alguien lanzó una llave inglesa, que cayó sobre la lona. El negro se agachó, la cogió con la rapidez de un relámpago. Sus robustos brazos de ébano relucían de sudor.

—¡No, Tim! —gritó O. C.—. Tú quieto, muchacho.

—No voy a dejar que me arranquen la piel —dijo el negro con los

dientes apretados—. Al primero que se acerque le abro la cabeza con esto.

—No seas tonto —ordenó el promotor de boxeo—. Nada vas a lograr con eso.

—Si —dijo Cadogan enseñando los dientes en una sonrisa de lobo—. Descuida, Sambo, que no te va a ocurrir nada. Puedes bajar, estás entre amigos. No te va a ocurrir nada... todavía.

Pop examinaba atentamente a Micky Cadogan.

—Más vale que os vayáis.

Los ojos de Cadogan no eran los de un ser normal. Cadogan tenía fija la mirada en el negro Soozanne con una expresión que preludiaba el asesinato. Era odio no a un negro, sino a la raza negra entera. El odio de un obsesionado.

Tim Soozanne era un negro alto y muy fuerte. Su pelo, que llevaba muy largo, formaba un nimbo en torno a su cabeza.

—Voy a bajar —respondió concentradamente—. Voy a bajar, y al primero que se me acerque le abro la cabeza con esto. Voy a bajar.

—¿Hasta cuándo vamos a aguantar? —dijo una voz desde el fondo del salón.

Había sido uno de los negros el que hablara. Otro de ellos le dio un golpe en las costillas.

—Tú cállate —le dijo en voz baja—. Esto es cosa de las pandillas. Ya se encargará Josh Nat de defender a Soozanne.

Este último se había bajado del cuadrilátero y con paso felino se dirigió hacia el grupo. Sus músculos parecían los de una pantera.

—Vamos —dijo Tim—. De hombre a hombre, vamos a ver quién lo es más. ¡Cadogan! ¡A ver quién es más hombre! ¡Da un paso más y te meto esto en la sesera!

O. C. sintió que la situación se le estaba escapando de las manos.

—Quieto, quieto, muchacho —dijo—. Vosotros, a ver, separadlos.

Los grupos de púgiles y de aspirantes a púgiles se habían escindido en dos grupos bien definidos. Se miraban unos a otros con odio y la pelea parecía inminente cuando dos policías aparecieron en la puerta.

—¡Quietos todos! —dijo el primero. Ambos eran blancos—. Vamos, quietos todos o empezamos nosotros. ¡Tú, moreno, suelta eso! No vas a matar a nadie tú.

Soozanne comenzó a decir:

—Esos tipos llegaron y...

Pero no pudo acabar.

El segundo policía se le había colocado detrás y le sujetaba con fuerza.

—Tranquilo, muchacho. Tú tranquilo. Vendrás con nosotros.

—Oigan —comenzó O. C.—. Lo que ha ocurrido es que...

Los policías ni siquiera le escuchaban. Uno de ellos retorció el brazo de Soozanne, mientras el otro sacaba la porra.

Después tiraron de él con fuerza y sin contemplaciones. Una ley no necesariamente escrita les había enseñado a lanzarse al cuello de todo aquel que tuviera un arma en la mano. Y si el que la tenía era un negro...

Peligro.

Así que se llevaron arrastrando a Tim, mientras Micky Cadogan, Jacky Mendel y los suyos, salían silenciosamente por la puerta.

—Ése no volverá a ponerte la pata encima, ¿eh, Toby? —preguntó Jacky Mendel.

—Sabéis —dijo Micky Cadogan—. Estoy pensando en ese muchacho, Adeanu, ¿no?

—Sí, Micky.

—Adeanu. Podríamos echarle una mano para vengar a su viejo. Alguien tiene que ponerlos en su sitio a esos piojosos negros. Y si la policía no lo hace...

Las caras de los que le rodeaban reflejaban un interés estúpido. Micky los contempló con repentino asco interior.

«Judíos —pensó—. Tener que ir a medias con judíos...». Se sentía manchado. El hubiera querido una buena gavilla de irlandeses, cuatro o cinco nada más, y todo el mundo hubiera oído hablar de él, pero los irlandeses... éstos no iban con él. Sólo le quedaban judíos, cochinos judíos...

—Claro —dijo Jacky Mendel—. Habría que darles una lección a los negros, Micky, seguro. Eso es lo que habría que hacer.

CAPÍTULO IV

Cuando McFee volvió a su despacho había sobre la mesa un aviso comunicándole que T. Felder deseaba hablar con él. Kleist asomó la cabeza cuando Morton descolgaba el aparato.

—¿Qué tal te fue con los tragaestadísticas? —preguntó Kleist—. Felder quiere hablar contigo. ¿Qué clase de tipo es?

McFee no pudo descubrir asomo alguno de burla en su tono.

—Pronto vas a saberlo —respondió.

Pidió comunicación y la obtuvo casi al instante. La voz de la muchacha llegó hasta él.

—¿Quiere venir a ver al juez Halstead conmigo? —preguntó.

—¿Para qué?

McFee estaba sorprendido.

—Pues...

Kleist metió la cabeza cerca del auricular. McFee lo apartó ligeramente.

—Unos policías han detenido a un negro que amenazaba de muerte a un blanco.

—Bueno, bueno, parece que no va a ser trabajo lo que nos va a faltar.

—¿Le interesa o no?

—Por cierto.

—Si no desea venir, puede enviar a cualquiera de sus hombres, míster McFee.

—Ya le he dicho que me interesa. Al fin y al cabo, forma parte de nuestro trabajo. ¿Cuándo quiere que vaya?

—¿Puede estar en el tribunal dentro de media hora?

—Estaré ahí.

Colgó.

—¿Ése era Felder? —preguntó Kleist que había oído perfectamente el tono de voz.

—Lo es. Y...

Se quedó mirando a su compañero. Éste estaba silbando *No me digas, muchacho, que no sabías quién era yo.*

—¿Qué ocurre?

—Nada. Por lo menos, a mí. ¿Y a ti, Morton?

—Vamos a ir al tribunal para averiguar por qué un negro ha amenazado a un blanco. Cooperación.

—Bueno, pues cooperaremos.

—Y será mejor que te olvides de que tú también perteneces a una minoría étnica y supuestamente oprimida. No quiero más jaleos de raza que los que tengo por el momento entre manos.

—Me siento minoría muy oprimida —fue la burlona respuesta—. Y no me importaría que me oprimiera Felder si tiene las manos parecidas a la voz.

—No sabes lo que dices. Esa mujer es un manojo de estadísticas. Seguramente dormirá con un rollo de ellas por almohada. Y su amante revestirá la forma de una gráfica.

Salieron y se encaminaron hacia el tribunal.

En la puerta de éste les esperaba T. Felder. Kleist estrechó su mano y entraron en el despacho del juez Halstead.

Este último, calvo, alto y de ademanes desmañados, se puso en pie al verlos entrar.

—Buenos días, *miss* Felder —dijo.

Se volvió hacia los otros dos hombres.

—Ante todo, caballeros, quiero advertirles que todo cuanto oigan en este despacho, mientras dure la entrevista, será absolutamente confidencial y que no podrán hacer uso de ello ante ningún tribunal. Quiero que quede esto bien claro.

—Sí, señor —dijo Morton McFee rutinariamente.

—Me alegro de que lo comprendan. *Miss* Felder, ¿podemos comenzar?

—Sí, señor juez.

Éste se volvió hacia el ujier.

—Que traigan al detenido. Pero antes quiero que conozcan al capitán

O'Ley,

del departamento de coordinación del gobernador.

Estrecharon la mano de

O'Ley,

un corpulento irlandés de pelo blanco, y un momento después el ujier introducía en la pieza a un muchacho negro, de mediana

estatura, delgado pero muy fuerte, al parecer.

El alguacil se quedó a su lado.

El juez lo miró desde su sillón. El negro llevaba una cabellera crespa, muy larga, que parecía el tocado de un guerrero zulú.

—Timothy Soozanne —dijo el juez—. Está usted ante mí, en este momento, para evitar que tenga que hacerlo en otra ocasión, acusado de algo más grave que de haber amenazado a un hombre con una llave inglesa.

Las quijadas del negro siguieron moviéndose rítmicamente, pero no contestó.

El juez continuó mirándole, impasible.

—Y quiero —siguió— que me diga las razones por las cuales se le detuvo.

Soozanne dijo arrastrando lentamente las palabras:

—Porque no tengo la piel del color de las tripas de las lagartijas. Por eso.

—¿Quiere explicarme exactamente lo que quiere usted decir, Timothy Soozanne? —preguntó el juez sin variar de postura.

—Oh, ya lo ha entendido. Porque no tengo la piel blanca. Porque la tengo negra. Por eso. Simple, ¿no?

—Usted —dijo

O'Ley

— sabe que eso no es verdad. Lo detuvieron porque amenazó a un hombre con una llave inglesa.

—¿De qué color era el tipo al que dicen ustedes que amenacé? —preguntó Soozanne.

—Eso no tiene nada que ver. Usted amenazó a un individuo y los policías lo detuvieron.

—No se lo cree ni usted. El era blanco y yo negro. Si había que detener a alguno, ése era yo. No preguntaron siquiera.

—¿Por qué lo amenazó?

El negro apretó las mandíbulas y guardó silencio.

—¿No quiere responderme? —preguntó el juez.

El negro puso los labios como para silbar.

—Quisiera hacerle una advertencia, Soozanne. Esta vez solo ha sido un intento de agresión. Si usted lleva a cabo alguna vez una verdadera agresión...

—Amén —respondió el negro—. Conozco muchos sermones. Los oía

cuando era pequeño. Hay que decir amén. Yo digo: «Amén».

—Quisiera —dijo el juez impasible— que me explicara a mí las razones por las cuales amenazó a ese hombre, sea blanco o negro.

—¿Por qué no se lo pregunta a los «polis»?

—Porque se lo estoy preguntando a usted.

—Ellos estaban allí y lo vieron todo. Bueno, lo vieron, pero no quisieron ver más que lo que yo hacía, porque les convenía, porque los dos eran blancos.

Parecía ligeramente más excitado que antes.

O'Ley

iba a intervenir, pero el juez Halstead le hizo una rápida seña para que se abstuviera de ello.

—No le hemos traído aquí para interrogarle oficialmente —dijo—. Lo que queremos es evitar que usted y otros como usted lleguen a representar un peligro para la estabilidad entre personas de distintas razas en esta ciudad.

Una mirada a la cara de Timothy le bastó para comprender que éste no le entendía. McFee se inclinó hacia adelante.

—¿Me permite, señoría?

El juez afirmó con la cabeza y el inspector se volvió hacia el negro.

—Lo que su señoría quiere decir es esto: no queremos jaleos entre los negros y los blancos, ¿comprende, Soozanne?

Esto pareció entenderlo un poco mejor. Al menos, se encogió de hombros.

—Si usted nos dice por qué amenazó a ese hombre, nosotros lo traeremos aquí y le obligaremos a explicar las causas por las cuales fue a buscarlo a usted al gimnasio.

—Bueno, ¿por qué no se lo preguntan a él mismo? Y yo no he dicho que me fuera a buscar al gimnasio.

McFee tenía fija en él la vista.

—¿Es usted Black Panther? ¿Musulmán negro?

Soozanne lo miró rápidamente. Se encogió de hombros.

—No pienso contestar a eso. No pienso contestar a nada.

—¿Quién era el hombre que lo provocó? —preguntó el juez.

El negro cerró firmemente la boca. Todos pudieron oír el chasquido de sus blancos dientes.

—¿Se niega a decirlo?

Nuevo ruido de cepo al cerrarse.

Y silencio.

El juez hizo una seña al ujier.

—Pueden dejarlo en libertad.

Y ambos, ujier y negro, salieron.

—Al menos, su señoría ha hecho lo que ha podido —dijo

O'Ley

—. Pero no creo que se consiga nada de esa manera, señor. Son malas hierbas. Oiga, McFee, ¿por qué le ha preguntado si era Black Panther? ¿Piensa que puede serlo?

—No. No lo pienso. No creo que sea un Black Panther, pero quería ver su reacción.

—Es que eso haría variar las cosas, ya saben. En el palacio nos asusta pensar que una cosa así pudiera ser el principio de jaleos como los de Detroit y de Los Angeles. No nos gusta, simplemente.

—Pero yo no lo creo.

—Lo que no parece tener la menor duda es que la tensión entre los grupos raciales ha aumentado —dijo *miss* Felder con tacto.

—Sí —respondió el juez—. Sin creer, como míster

O'Ley,

que sean malas hierbas, sí parece muy posible que haya aumentado la tensión.

—Muy bien, ha aumentado —respondió McFee encendiendo un cigarrillo—. Y ¿qué hacemos con ello?

—Podríamos intentar acabar de cuajo con todos los brotes —respondió

O'Ley

agresivamente—. En el palacio no queremos ser injustos o duros, pero cualquier cosa antes de que se repitan aquellos sucesos.

—Vamos a ver si no nos equivocamos —respondió McFee—. Lo que ustedes han visto en este despacho no es más que un pacto de silencio. Un Black Panther, un musulmán, cualquiera de ellos, hubiera denunciado al blanco. Éste no lo ha hecho. Se ha limitado a callar.

—Porque siempre se callan, esos condenados —respondió

O'Ley

belicosamente—. Siempre. Los que promueven los disturbios raciales se callan siempre.

—No es verdad —respondió McFee en tono calmoso—. Y en último

caso, si hay problemas raciales, aquí, en Detroit, en el Sur o dondequiera que sea, los blancos y sólo los blancos tienen la culpa. O'Ley se puso muy encarnado.

—No fueron blancos los que mataron a un droguero en la calle 140.

—No, al parecer. Pero ¿quiere usted decirme por qué está tan seguro de que ese hecho responde a un ataque racial? Yo pienso que muy bien puede ser un ajuste de cuentas. Y créanme, señores, ésa es mi opinión. Un ajuste de cuentas entre individuos de pandillas. Nada más.

—En ese caso, ¿qué haría usted? —preguntó el juez.

—Lo que se ha hecho en otras ocasiones. Dejar que se libren entre ellos de los individuos que les molestan.

—Eso es precisamente lo que no podemos hacer —respondió el juez.

—Creo que habíamos venido aquí para resolver esta cuestión —dijo *miss* Felder indignada—. Y no es ninguna solución el permitirles que se maten entre ellos. ¿Es ése el punto de vista de la policía o el suyo solamente, míster McFee?

—Exactamente —intercaló el juez—. ¿Cuál de ellos es?

—Pues... —dijo McFee— no es ninguno de los dos. Es, simplemente, que como policía no quiero que ni uno solo de nuestros hombres, sea blanco o negro, sea degollado por una partida de pandilleros irresponsables. Pero quería saber el punto de vista de ustedes. Y ahora creo que lo conozco.

Hablaba lentamente, y *miss* Felder se dio cuenta de su cuidada dicción, que contrastaba con su común manera descuidada de expresarse, y en la que a veces intervenían giros de «slang».

—Y es lo siguiente: hemos de impedir que esos pandilleros, si es que en realidad lo son y yo creo que sí, se asesinen entre ellos, no porque se asesinen sino porque lo harían negro contra blanco. ¿No es eso?

—Enfoquemos el problema con ecuanimidad —dijo *miss* Felder. McFee respondió:

—Ese asunto no quiero ni puedo enfocarlo con ecuanimidad. Quiero tener continuamente presente... —hizo una pausa— que todo aquel que hace distinción entre dos personas, porque tengan la piel de diferente color o el cabello de distinto diámetro y forma, es un imbécil en esencia y un criminal en potencia.

Nueva pausa.

—¿Me he expresado con claridad americana, sí o no? Pero me apresuro a añadirlo: es mi opinión personal.

—Se ha expresado con gran claridad —dijo el juez pensativo—. Ignoro el credo religioso de los aquí presentes, pero yo soy católico y hay para este asunto normas muy claras en el mío. Todos los hombres nacen iguales. Así me lo dice mi fe y así lo creo yo. Y así debemos hacerlo saber a los demás. Pero difícilmente podríamos hacérselo comprender si antes se han degollado entre sí. Por lo menos en eso estaremos de acuerdo, ¿no, *miss* Felder? Señores...

McFee se puso en pie.

—Yo, sí. Y otra cosa. Lo más importante. No creo que el asunto racial sea la principal causa de esta tensión que nos ocupa. Insisto. Son choques entre pandillas. ¿Que pueden derivar en luchas raciales? Por supuesto. Y sobre esa base podríamos trabajar.

La muchacha alargó la mano al juez.

—También yo creo que podríamos conseguir algo.

—Bueno —dijo

O'Ley

encogiéndose de hombros.

Kleist no dijo nada hasta que estuvieron en el corredor.

—Gracias en nombre de las minorías étnicas —dijo guiñándole un ojo a su amigo—. Pero ¿qué vamos a hacer?

En la jefatura de policía les esperaba una nueva noticia.

El informe de un policía en el que se decía que Pet Adeanu se le había perdido por un espacio de casi una hora al hombre que lo vigilaba.

McFee pidió el informe completo por teléfono y habló con el agente en persona. Le escuchó atentamente y luego colgó.

—No estoy completamente seguro...

Hablaba mirando al techo.

—... Pero me parece saber dónde pudo ocupar ese muchacho esa hora.

Kleist lo miró con simpatía.

Morton McFee había retrocedido varios años en el tiempo. La Escuela, de Pop Papirosh...

—La Escuela —dijo.

Kleist frunció el ceño.

—¿Qué escuela es ésta?

—Un lugar en que todos los bribones que comienzan se preparan provechosamente para ingresar en las pandillas.

Encendió un cigarrillo.

—Un lugar donde se reúnen, circulan noticias, donde se les proporcionan trabajillos de poca importancia para ir comenzando y donde los matones pueden elegir a su debido tiempo materia prima.

—Ya —dijo Kleist.

—Todo eso es la Escuela, de Pop Papirosh. Juraría que fue allí donde se dirigió Adeanu.

—¿Cómo sabes tanto acerca de ella? —preguntó Kleist curiosamente.

—Nací dos calles más arriba.

Le dio un golpe en el brazo a su compañero.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Mi padre era un emigrante irlandés y mi madre una chica polaca analfabeta que tuvo que emigrar porque en su tierra se moría de hambre. Se había perdido la cosecha de patata.

—Ya —repitió Kleist.

—No digas «ya» tan comprensivamente, muchacho. Conozco la Escuela de Papirosh, pero alguien me impidió afortunadamente «estudiar» en ella. ¿Contestada tu pregunta, muchacho?

Dio media vuelta y salió del despacho. Kleist se quedó mirando a Gleason.

—Sí —dijo apaciblemente el inspector jefe—. Su madre se separó de su padre cuando comprendió que se había casado con un maleante, y se llevó a Morton.

—Comprenda que no sabía nada —dijo Kleist.

—Lo sé. Pasaron hambre, pero el chico se salvó. Y Morton ha estado tan cerca de esos bribones, como los llama, que aún no está muy seguro de lo que piensa en realidad sobre ellos. De ahí que unas veces se comporte como si los odiase, y otras sería capaz de hacerse matar por ellos.

—Bueno, yo...

—Pero, muchacho, no digas por ahí nada de todo esto. Olvídalo. Es lo mejor que puedes hacer por Morton.

—Ya... —dijo Kleist, que por haber nacido en el seno de una familia de israelitas ricos no había conocido nada de todo aquello—. Ya...

CAPÍTULO V

Pet Adeanu oyó el leve rascar en la puerta y se incorporó. Su corazón dejó casi de latir.

No obstante, fue a la puerta y la abrió.

Johnny Mendel estaba parado en el umbral.

—Mi hermano quiere verte, Pet.

—¿Ahora?

—Sí, Pet.

—¿Dónde?

—Sí, Pet, ahora, en lo de Rooston. Mira, he traído también a «Rocky». ¿No podrías darme un dulce para él?

Sacó el cuervo del bolsillo y el animal graznó. Luego acarició picoteante la mano de su pequeño amo.

Pet se puso la canadiense y salió. Johnny suspiró y le siguió.

Apenas llegaron a la calle, el niño y el animal desaparecieron en la helada neblina y en la oscuridad.

«Lo de Rooston» era un viejo garaje abandonado, y de todos era conocido que allí se reunían los de Cadogan.

Pet había oído contar toda serie de rumores sobre lo que podían y no podían hacer los muchachos del irlandés en su guarida.

Y ahora, ellos le habían llamado. Decir que sentía miedo no era decir nada. Estaba positivamente aterrado.

Tuvo que ejercer un imperio sobrehumano sobre sus nervios para no dar media vuelta y echar a correr.

Pero se acordó de su padre, cerró los dientes y caminó.

La puerta principal del garaje daba a la calle, pero había otra puertecilla en el callejón.

Pet se detuvo ante ella, irresoluto, cuando de pronto una mano se le posó en el hombro.

—Entra sin hacer ruido —dijo una voz a su espalda.

Entró.

Al instante, dos manos se posaron sobre sus flancos y se los recorrieron hábilmente, buscando armas.

Pet cuidó de no moverse mientras duró el examen. Luego, lo

empujaron hacia dentro...

La gran nave del garaje estaba iluminada por una solitaria bombilla. Sobre el destrozado suelo de cemento había varios cajones que servían de asiento a otros tantos hombres. Dos mujeres se sentaban en una tabla colocada sobre dos borriquetas.

A ambas las conocía Pet, e incluso, con una de ellas, con Bet Rom, había jugado de pequeño.

Y por fin estaba Micky Cadogan, posado sobre la única silla que había en el garaje.

—Hola —dijo Micky.

—Hola, Micky.

—Pet, muchacho, creo que has ido por ahí dándole a la lengua.

—No, Micky —dijo Pet con la boca seca. Carraspeó para aclarar la voz, que le había salido como un graznido.

Jacky Mendel, que fumaba un cigarrillo, se acercó a Pet lentamente.

—¿No? ¿No, Pet?

—No. No he hecho tal cosa.

—Yo creo que sí, Pet. ¿Por qué no le repites a Micky lo que dijiste sobre nosotros y sobre los negros?

Hizo una ligera pausa.

—Sí, lo que dijiste sobre los negros y sobre las muchachas. A ellas les gustará también oírlo.

—No dije sino que...

—Creo que dijiste algo sobre nosotras y sobre los cochinos negros.

Betty Rom se había acercado, moviendo las caderas con gracia felina.

Llevaba minifalda, pese al frío, y ésta dejaba ver sus bien formadas piernas y los robustos muslos. Tenía cintura muy estrecha y caderas amplias. Debía tener unos veinte años.

—Vamos, Pet, sé hombre y repite lo que dijiste de nosotras y de los negros.

Las uñas escarlata estaban a dos pulgadas de los ojos de Pet.

Éste echó la cabeza hacia atrás, pero una mano de hierro se la inmovilizó.

—Yo no quise...

—Vamos, ¿lo vas a repetir?

Y le clavó las uñas en las mejillas. Pet sintió en ellas un ardiente escozor y se preguntó aterrado si es que pensaría sacarle los ojos de

verdad.

Entonces habló Micky Cadogan.

—¿Quién mató a tu padre, Pet? Apártate, Betty. Apártate, con un diablo.

Betty Rom se echó a reír sin alegría y se retiró. Algunas veces al verla pasar, Pet había pensado que la muchacha era verdaderamente bella, pero ahora no se lo parecía. Aquellas uñas...

—¿Es que no me has oído, Pet?

—Sí, Micky, claro que te he oído. Fue Josh Nat el que mató a mi viejo.

—¿Seguro? Vamos, ¿estás seguro de ello?

—Claro que sí, Micky. Fue Josh y sus muchachos.

—Entonces...

Cadogan abrió una boca de lobo.

—Entonces querrás darle a él lo mismo que él le dio a tu viejo, ¿verdad?

Cadogan se echó a reír.

Jacky Mendel lo imitó y por fin todos estuvieron riendo como locos. La alta luz de la bombilla convertía aquellos rostros en carátulas espantables, de desmesuradas mandíbulas, belfos caídos, dientes lobunos y mandíbulas de rata.

Y fue entonces, al verlos en su ambiente, cuando comprendió Pet Adeanu que estaba equivocado.

Un relámpago de compresión cruzó por su mente, pero ya era tarde para volverse atrás.

—Vamos, responde. Querrás hacerlo, ¿no?

—Sí.

La respuesta de Pet había sonado turbiamente.

—Bueno, chico, pues aquí estamos nosotros para echarte una mano. Pero tú también tendrás que hacer algo. Es lo justo, ¿no? Nosotros te vamos a dar la oportunidad de vengarte y al mismo tiempo te guardaremos la espalda. ¿Por qué mató Josh Nat a tu padre?

La horrible sensación volvió de nuevo a Pet. Era como si lo hubiesen dejado caer de pronto por un tobogán.

—Yo..., yo le pegué al hermano de Josh en la escuela nocturna.

No era aquello solamente, y él lo sabía. Loggie Nat le había fustigado con una banda elástica de goma desde el banco de atrás de la escuela nocturna a la que ambos asistían.

Pero no fue el hecho de haberle pegado a un muchacho más débil que él lo que le hacía avergonzarse, sino las palabras que le lanzó al rostro y que de puro acostumbrado a oírlas como estaba, le subieron a la boca casi inconscientemente. «Cochino negro», «limpiabotas» y «perro coloreado».

Sí, en ese preciso momento de su vida, Pet Adeanu comenzó a sentir la vergüenza que le debe producir a cualquier persona normal saber que se está comportando como un cerdo.

—Hiciste bien, muchacho —dijo Mickey protectoramente—. No es más que un negro.

Metió una mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó una pistola.

—¿Ves esto, Pet? Cógela. Vamos, cógela, no muerde.

Su voz había cambiado de tono. Ya no era amistosa, sino seca, dura como el pedernal. Pet se dejó caer por el tobogán y cogió la pistola por la culata. Estaba tibia, y su contacto le repelió como si hubiese puesto la mano sobre una rata.

—¿Lo ves? No hace nada... todavía. Una de éstas te proporcionaremos, Pet. No necesitarás una navaja para acabar con ese perro negro. Con una como ésta, todo será más fácil.

Pet soltó el arma y ésta cayó sobre el cajón que servía de mesa. A la luz de la bombilla su rostro presentaba un color verdoso.

—Ahora, Pet, puedes marcharte. Pero ya sabes, tan pronto como te avisemos, deberás venir aquí. Lo has entendido bien, ¿verdad, Pet?

Pet salió del garaje de Rooston seguido por una batería de miradas fijas en él. Cuando el aire helado de la noche le dio en la cara comprendió que si hubiese seguido allí cinco minutos, habría acabado por descomponerse y vomitar.

De pronto se acordó del policía. Le había olvidado por completo cuando Johnnie Mendel fue a buscarlo. ¿Y si lo hubiese seguido hasta allí? ¿Y si hubiese complicado sin querer a Cadogan con la policía, y aquél se llegase a enterar?

Tropezando, pegado a las paredes, prosiguió el camino hasta su casa, sin ver el temido trinchera gris. Y no la vio, porque el policía la había cambiado por un abrigo verdoso, pero estaba allí, muy cerca de él.

Mientras metía la llave en la cerradura, estaba tiritando. Aquella noche no durmió y cuando llegó hasta él la luz tamizada por la niebla y por los altos edificios, estaba a punto de perder el control

sobre los nervios.

—¿Huir? ¿Dónde? —se preguntó una y otra vez.

Y entonces, como vasto lago de serenidad se le apareció la faz de Reb Joseph Weiss, con los negros mechones de pelo pegados a la frente, y con su barba rala y su voz de cabra.

«Nuestra mano se tenderá hacia ti si la necesitas, hijo».

Se levantó y comenzó precipitadamente a meter en un paquete las cosas más necesarias.

* * *

Micky Cadogan miró a la mujer que estaba con él. Al ver la cara pintada le pareció que de pronto tenía ante él a un payaso. Se sintió lleno de ira.

—¡Tápate las patas, gorrina! —chilló.

Estaban en uno de los reservados del bar de Bolo Cazorla y la mujer, borracha, según costumbre. Micky se preguntó por qué la soportaba todavía. El no bebía jamás. Unos brutales dolores de cabeza se lo impedían.

—¿Qué te has creído? —preguntó ella provocativamente—. ¿Qué te has creído, que vas a insultarme como si fuera una cochina..., hip, negra?

Micky se le quedó mirando la blanca garganta y repentinamente se estremeció. En sus azules pupilas brilló una llamita extraña. La mano le temblaba cuando la llevó al bolsillo. Luego fue acercándose a la mujer pulgada a pulgada.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, alcohólicamente alarmada de pronto—. ¿Qué guardas ahí, Micky? ¿Qué tienes ahí?

Alguien se asomó a la puerta. Betty Rom y Jacky Mendel. La luz centelleó en el negro pelo de la joven.

—¿Pelea? —preguntó Jacky.

La borracha había retrocedido y salió del reservado tambaleándose. Micky resolló fuertemente. Por un instante había estado pensando en clavar la navaja en aquella garganta. Por un momento había perdido casi el conocimiento ante el mundo de gozo que aquello podría proporcionarle.

Aquellos accesos iban siendo cada vez más frecuentes. Los acompañaban dolores muy fuertes en la cabeza.

—Ese cerdo de Adeanu no está en su casa y nadie sabe dónde pueda estar —dijo Jacky Mendel.

—¿Qué? Repite eso que has dicho.

—Se ha marchado, Micky. Hemos preguntado a los vecinos, a todo el mundo, pero nadie sabe nada de él. Se ha escapado, Micky. Ese tipo se ha escapado.

—Teníais que habérmelo dejado a nosotras —dijo Betty Rom—. Ahora no se habría escapado, porque los ciegos no pueden huir.

—No irá muy lejos —dijo Micky respirando pesadamente—. Ya veremos lo que dice la policía cuando encuentren la pistola en la que dejó las huellas digitales. Y la van a encontrar, Jacky, la van a encontrar donde nosotros queramos que la encuentren.

—Teníais que habérmolos dejado a nosotras —insistió Betty Rom. Micky estaba pensando reconcentradamente.

—Esta noche —dijo por fin—, vamos a ir a la Línea.

—¿Esta noche? ¿Por qué esta noche?

—Porque yo lo digo, Jacky. ¿Va a bastar o no que yo lo diga, Jacky?

—Sí, claro, Micky, claro que sí.

—Vamos. Pero antes vamos a ir a la Escuela para buscar a los muchachos.

En el salón de billares estaban todos ellos. Pop se acercó renqueando hasta ellos cuando entraron.

—Me alegro de verte, Micky —dijo—. Me alegro de veros a todos. ¿Sabéis que O. C. está muy disgustado? Muy disgustado, Micky.

—¿De veras, Pop? Bien, que lo tome así, si quiere. Y en cuanto a ti, ¿no te parece que ya ha durado bastante lo de meterte en lo que hacemos y en cuándo lo hacemos? ¿No te parece que ya ha durado bastante tu reinado, Pop?

—¿Estás seguro de saber lo que dices, muchacho? —preguntó Papirosh, mirándolo fijamente—. ¿Estás seguro de ello?

Micky se volvió hacia los demás.

—¿Lo estáis vosotros, muchachos? ¿Estáis seguros de que vais a necesitar el permiso de Pop para partirle la cochina cara a un negro?

Varias sonrisas correspondieron a su mueca. Siempre hay algo excitante en un cambio de dictadura.

Micky acercó mucho su cara a la de Pop. Había una notable

diferencia entre ambas. Frente a la jeta fría del irlandés, la finura de rasgos del judío de Salónica.

—Como tú quieras, Pop —dijo el último suavemente.

Dio media vuelta y se alejó cojeando.

—Nos podemos marchar —dijo Micky desdeñosamente. Y se dirigió a la puerta. Tras de él salieron todos los componentes del grupo. Jacky Mendel lo hizo el primero.

Después Toby y Dan Blume, achaparrado y fuerte el primero, alto y delgado el segundo.

Y luego Mike Rom, rubio y sonrosado, con el pelo cortado casi al rape y más parecido a un anglosajón que al judío ucraniano que era.

Y Amton Golek, de cabeza negra y grande, cuyo pelo le nacía casi encima de las cejas y cuyas cejas, largas y sedosas daban envidia a más de una mujer.

Y Rosanno Minelli, más conocido por Rosso, de enormes hombros y manos como remos, que a los diecinueve años mató al primer hombre, en una pelea con las manos desnudas.

Y

O'Duffy,

de pelo rojo y cara pecosa a cuya boca jamás asomó una sonrisa y nadie sabía por qué, ni él mismo, quizá.

Todos ellos fueron saliendo a la calle, con movimientos pausados, caras impasibles y mandíbulas de rumiante.

CAPÍTULO VI

La bolera de Tollie ocupaba el sótano de un negocio de cafetería que regentaba el mismo Tollie, en la calle 137, entre la Tercera Avenida y el río Harlem. Tollie era un negro enorme, de cabeza calva y bigote de cepillo.

El largo mostrador estaba casi vacío cuando Cadogan y los suyos entraron en la cafetería, uno a uno mirando con insolencia.

—*Whisky* —dijo Jacky. Escupió el trozo de cigarrillo que llevaba en la boca y miró a su alrededor.

Unos negros que estaban sentados en una mesa, al fondo, le devolvieron la mirada hostilmente. Estaba el local demasiado cerca de la linde que separa el barrio negro de la parte blanca, como para que pudieran hacer prevalecer sus derechos de exclusividad. Dos calles más abajo, no se hubieran atrevido a entrar en un bar negro.

—Aquí está el *whisky* —dijo Tollie dejando los vasos violentamente en el mostrador.

Y entonces entró ella.

Iba sola, pero en el caso de ir acompañada, nadie hubiera prestado atención a sus compañeros. Su personalidad debía imponerse por encima de la de los demás.

No era bella, ni por el patrón negro ni por el blanco, porque tenía algo de ambos. Era una mulata muy clara.

Llevaba un turbante africano en la cabeza y un vestido de violentos colores hasta los pies. No pasaría seguramente de los veinte años y era muy alta.

—Si no fuera negra —dijo Jacky pasándose la lengua por los labios. La chica volvió hacia ellos las pupilas, con una mirada resbaladiza, casi tanteándolos, que fue a posarse en Micky el último. Se encogió de hombros y se dirigió hacia el tocadiscos automático.

—¿No sabéis, muchachos? —dijo Mike Rom—. Ésa es la chica de Josh Nat.

—¿De veras? —dijo Cadogan siguiéndola con los ojos.

—Dicen que le rajó la cara a un tipo que la estuvo rondando mientras Nat estaba en la caponera.

—Es un buen bocado —aseguró Minelli—. Un buen bocado. Aunque sea negra.

La muchacha había metido la moneda en el tocadiscos y éste comenzó a funcionar con *Oh, tú, que eres siempre tú*. Luego, agarrada al tocadiscos con ambas manos, comenzó a mover los hombros de atrás adelante.

Por fin se separó de la máquina y comenzó a bailar. El vestido no era entero, sino abierto por uno de los lados. A cada vuelta, a cada movimiento de las caderas, se apartaban las dos partes de la tela y descubrían sus espléndidos muslos color ámbar.

La respiración de los que la contemplaban se alteró perceptiblemente.

—Milly, acaba con eso —dijo Tollie en voz alta rompiendo el hechizo.

—Déjela —ordenó Micky.

—No quiero «eso» en mi casa —respondió el negro.

—Cállese, negro —ordenó Rom, en un ronco susurro—. Cállese.

Jacky había llevado la mano al sobaco, y Tollie lo vio. Cerró la boca.

Milly dejó lentamente de bailar. Continuaba con los ojos semicerrados, y respiraba acompasadamente. Luego, ondeando, se dirigió al mostrador.

—Eres malo, Tollie —dijo—. Dame una copa.

—No te voy a dar nada ahora, Milly. Márchate.

Micky se puso lentamente en pie, abandonando el taburete.

—¿Quieres una copa? —preguntó a la muchacha.

—¿Tú la pagas?

—Sí. Ponga la copa —añadió dirigiéndose a Tollie.

Tollie miró a ambos y luego a Minelli. Éste había puesto sobre el mostrador una de sus enormes manos, cubiertas de pelo y cuyos dedos se abrían y cerraban mecánicamente.

Puso la copa sobre el mostrador, la llenó y la chica la cogió.

—Puesto que la pagas —dijo—. ¡Tómala tú! —Y le tiró el líquido a Cadogan a la cara.

—Perra negra —dijo Minelli, mientras Micky palidecía densamente.

—No quiero jaleos en mi casa —chilló Tollie histéricamente—.

Fuera, ¡fuera de aquí todos!

Jacky se había acercado a la muchacha por detrás. Micky respiraba

pesadamente.

—Vamos afuera —ordenó—. Vamos fuera, pero que «ésa» no se escape.

Y él mismo dio el ejemplo, dirigiéndose hacia la puerta. Los demás, sin separarse de la negra, lo siguieron, con las manos metidas en los bolsillos. La luz del farol y la que salía por los cristales de la cafetería se unieron para iluminar al grupo.

Entre el corro de blancos, destacaba la figura de la negra, como si tuviera luminosidad propia. Tollie, que los había seguido con la mirada, se precipitó al teléfono.

—¿Qué ocurre? —preguntó la negra una vez en la calle—. ¿Me queréis para algo, muchachitos blancos?

—Sí —dijo Micky—. Vas a venir con nosotros, perra.

La mano de Minelli salió de la oscuridad y le aprisionó el brazo a la muchacha. Ella trató de escapar con un gemido ahogado.

—Vamos, sacadla de aquí. Vas a aprender una o dos cositas —dijo Micky.

—Cuidado —dijo Rom de pronto—. Cuidado, chicos, cuidado...

Ninguno de ellos podría decir en qué momento se abrió la puerta de la bolera, ni cuántos negros habían salido por ella. Pero un momento antes estaban solos con Milly, y ahora comenzaba a rodearlos un círculo de figuras.

Micky se arrimó a la pared y sacó la mano del bolsillo. Rom y los Blume estaban a su derecha, Minelli, Jacky Mendel y

O'Duffy,

a su izquierda. Minelli soltó a la chica, que no pensaba escapar. Una especie de hálito pasó sobre ellos, dejándolos helados.

Un negro vestido con un chaquetón a cuadros negros y rojos y una gorra, había dado dos pasos hacia adelante. En la mano derecha sostenía un bate de

base-ball

y llevaba la izquierda metida en el bolsillo del chaquetón.

—Hola, Cadogan. Ya conoces a Tim Soozanne. Tim, aquí tienes a tus amigos. Creo que quieres decirles algo.

—Hola, Blume —dijo Tim—. Has venido por lo de esta mañana, ¿no? Bien, hombrecito, puedes hablar. Éste es Josh Nat, y ésta es Milly Jones. Y éstos son los «Black Dragoons».

—Os habéis pasado de rosca, Cadogan —dijo Josh Nat dando otro

paso adelante—. ¿Y Adeanu no está con vosotros? No, no está. Resulta muy «pálido» para ciertas cosas. Muy «pálido».

Se iban cerrando poco a poco. Micky comprendió que toda la ventaja estaba de parte de los negros. Ni un solo de los suyos, excepto él mismo y Jacky Mendel llevaban pistolas, y las navajas no servirían para pelear contra los negros armados de bates, de cadenas de bicicleta y probablemente de armas de fuego.

O'Duffy

comenzó a respirar tan profundamente que parecía gemir.

—¿Qué esperáis? —preguntó Milly salvajemente—. ¿No tenéis los cuchillos ansiosos de sangre?

Los bates se alzaron y las cadenas relampaguearon. Micky sacó la pistola, y por un segundo pasó por su mente la idea de si dolería más recibir un tiro en el vientre, un eslabón en un ojo o un batazo que le deshiciera los huesos de la cara.

El primer disparo resonó estruendosamente, y

O'Duffy,

a su lado, lanzó un aullido y se desplomó al suelo. Micky comenzó a disparar casi a ciegas, porque la ira había puesto una neblina roja ante sus ojos.

El segundo tiro de los negros rompió el farol y la oscuridad descendió sobre ellos, surcadas sólo por las flechas anaranjadas de los disparos.

Y luego, dominando el fragor de éstos y los salvajes gritos de triunfo de Milly, oyeron el silbato policíaco.

Un silbido agudo, repetido insistentemente, que fue contestado por otros, un poco más lejanos.

Doblando la esquina, iluminado perfectamente por un farol, llegaba un policía corpulento con un silbato en la boca y la pistola en la mano.

—¡Fuera todos! —ordenó Josh Nat.

Y como sombras desaparecieron todos, tragados por la oscuridad, las escaleras de las casas y las bajas tapias de los baldíos y las fábricas. Micky lanzó una mirada atontada a su alrededor y se fijó en el cuerpo caído de

O'Duffy.

—Cogedlo —ordenó—. Yo frenaré a ese marrano.

Disparó contra el policía y sólo el ágil salto de éste le salvó la vida.

Se escondió tras la barandilla de una casa y asomó la mano para disparar.

Toby Blume y Rosso Minelli, los más fuertes, habían cargado con el cuerpo de

O'Duffy

y corrían presurosamente. Un momento después la calle estaba vacía.

El policía llegó corriendo. En la puerta de la cafetería solamente quedaba Milly, con los ojos semicerrados y tarareando *Oh, tú, que eres siempre tú*. Tollie apareció también en la puerta.

—¿Quiénes eran? —preguntó el policía belicosamente.

—Entraron unos blancos... —comenzó Tollie. Y su mirada cayó sobre Milly. No esperaba que quedase nadie allí, pero la presencia de la chica pareció asustarlo. El policía miró a la negra.

—¿Qué hay? —preguntó enseñando los dientes—. ¿Ocurre algo con la negrita?

Otro policía llegaba por el lado opuesto de la calle. Era un negro muy alto, de movimientos felinos.

—¿Los has visto? —preguntó el primero.

El negro movió la cabeza negativamente.

—Dispararon contra mí, los malditos hijos de perra. ¿Quiénes eran? Vamos, usted es el tipo que llamó, ¿no? ¿Quiénes eran?

Y metió a Tollie dentro de la cafetería, empujándole con la panza. El policía negro hizo entrar a Milly y ésta no sólo no resistió, sino que sonrió al guardia.

—Veamos —dijo el policía gordo—. ¿Qué es lo que ha pasado? Porque usted ha sido el que llamó.

—Ya se lo estoy diciendo —dijo Tollie—. Entraron unos blancos...

Súbitamente Milly escupió al rostro de Tollie. El agente blanco le cogió el brazo y lo retorció dolorosamente.

—¿Quién es ésta? —preguntó al agente de color—. ¿La conoces?

—Sí, ha estado en la cárcel varias veces y vive con una golfa negra que la recogió cuando era pequeña.

—Muy bien, vamos a tomar nota de todo. Hay orden de comunicar inmediatamente a jefatura cualquier jaleo entre blancos y negros. Venga, cafetero, suéltelo todo, y tú, negra, estate tranquila, porque te damos con las porras de goma donde luego no se puedan ver las señales.

Y comenzó a escribir, laboriosamente, mordiéndose la lengua, mientras Tollie contaba temblorosamente su historia.

* * *

Con un sordo baque, el cuerpo de O'Duffy, veintidós años, el muchacho al que jamás nadie vio sonreír, se hundió aquella madrugada en el río Harlem. Nunca supo por qué había muerto. Claro que tampoco supo nunca por qué había nacido.

* * *

Morton McFee penetró en el despacho de Kleist y halló a éste con la nariz metida en un montón de papeles.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Ajedrez. Negros versus blancos.

—En nombre de Jehová de los Ejércitos: dispara, Josué.

Kleist le tendió un papel. McFee lo leyó cuidadosamente.

—Normal. Riña de negros y blancos en la Línea.

—Esa chica, Milly Jones, tiene prontuario. No muy largo, pero fuma hierbas y es la amante de un tal Josh Nat, también fichado. Ha estado en la cárcel por golpes. Los dos son amigos inseparables de Timothy Soozanne.

McFee lo pensó un momento.

—Voy a dar a T. Felder la ocasión de conocer un poco más del factor humano de las estadísticas.

—Por cierto, ¿qué significa esa T.? ¿Terry? ¿Talthasie?

McFee frunció el ceño.

—No... lo sé. Siempre he pensado en ella como en Felder y no se me ocurrió preguntárselo.

—No dejes de hacerlo —respondió Kleist alejándose.

McFee llegó al edificio de las Naciones Unidas antes de las once. T. Felder estaba ocupada y lo atendería enseguida, pero él insistió en verla. Diez minutos más tarde la joven se reunió con él en una de las salas de espera.

—He venido para hacerle una invitación a mi vez —dijo McFee—.

Supongo que podrá dejar sus compromisos hasta el lunes. Quiero enseñarle algo.

—¿Qué?

—Ya lo verá.

—Puedo dejar mis compromisos siempre que sea por algo realmente interesante —fue la respuesta de ella—. Y tengo ciertas sospechas de que tal vez no sea tan interesante.

—Qué diablos, necesito su colaboración. Nada de frías estadísticas. Ambiente, oportunidad, estímulos morales, ya sabe usted. Por lo menos le prometo que no se aburrirá.

Ella lo contemplaba fijamente.

—Ambiente, oportunidad... ¿qué es esto? ¿Una cita?

—Podría serlo, pero... no lo es, al menos por el momento. Quiero enseñarle algo.

—¿Su nuevo tocadiscos, cuadros, pinturas japonesas? Creo que me las sé todas, míster McFee.

—¿De veras? ¿Todas? Eso debe ser estupendo, pero no se trata de nada de eso. No tengo grabados japoneses, ni tocadiscos nuevo, ni nada con lo que pueda engañar a una virtuosa joven para que venga a mi apartamento. Pero quiero enseñarle algo.

—¿Puede esperar diez minutos?

—Puedo.

Al cabo de ellos, volvió a bajar. Llevaba un visón plateado, y bajo él un vestido de color crema.

McFee se la quedó mirando.

—Al parecer, la UNESCO paga bien a sus empleados —dijo mientras abría la puerta del despacho.

Ella pareció irritada, pero aguantó a responderle hasta estar dentro del ascensor.

—¿Ha oído hablar de Big Cosmos Felder, míster McFee?

—Difícilmente habría podido llegar a los treinta años sin oír hablar del viejo pirata. ¿Su esposo, tal vez?

—Mi padre.

El tono de la joven raspaba.

—¿Por qué pensó en que pudiera ser mi marido?

—Tal vez por el visón. Bueno, no lo tome así. Era una broma. Es usted la hija de Big Cosmos. Nunca oí hablar de una hija suya.

—¿Los piratas, según usted, no pueden tener hijas?

Unos ligeros copos se estaban quedando prendidos en el parabrisas. Fueron aumentando de tamaño. McFee aminoró la marcha.

—No quiero pelearme con usted. Lo llamé viejo pirata, de acuerdo. Lo siento.

—No creo que lo sienta.

McFee frenó bruscamente. Se volvió hacia ella.

—¿Vamos a seguir peleando?

Ella sonrió ligeramente.

—Continúe. ¿Dónde vamos?

—A la 132.

—Eso es Harlem.

—¿Le importa?

—No, siempre que lo que vayamos a hacer valga la pena. He estado otras veces en Harlem. Míster McFee...

—Llámeme Morton, ¿quiere?

—Míster McFee está bien por ahora. He estado otras veces. Soy asistente social. Y no diga lo que está pensando. No he ido a llevarles paquetitos con comida a los pequeños Sambos.

—No he pensado eso, ¡maldición! Fue usted asistente social, de acuerdo. Pero seguro que no bajó a los infiernos.

—Ni tengo deseos de bajar. Nada de lo que vi en Harlem me gustó, pero... continué hasta que me ofrecieron un empleo en el cual pensé que podría hacer algo más que recibir escupitajos. Y me han escupido algunas veces. Otras, no. Y le voy a decir una cosa.

Sus ojos brillaban combativamente.

—Tengo amigos entre los Black Panthers. Y si se le ocurre hacer uso de esta información de una manera oficial, sería capaz de...

McFee soltó una mano de la palanca de cambios y la puso encima de la mano de la muchacha.

—No ponga en mi boca palabras que no he dicho, ¿quiere? Tregua, T. Felder.

—No sé si... Escuche, ¿sabe quiénes eran los caballeros con los que estaba cuando usted llegó a buscarme? Sociólogos ingleses, americanos y alemanes. Uno de ellos es el autor de un libro que no creo que haya usted leído y que probablemente no leerá jamás. *La lucha de clases en América y sus derivaciones raciales*.

McFee no respondió.

—¿Me ha oído? —preguntó ella, evidentemente molesta.

—Creo que estamos llegando.

Paró el coche y descendió de él. *Miss Felder* lo imitó. La casa a la que se dirigieron era de tres pisos y tenía una fachada muy larga. Las paredes estaban acribilladas de suciedad y abandono. Una negra de grueso vientre y pechos colgantes les salió al paso.

—Buscamos a *Melania Jones* —dijo *McFee*.

—Tercer piso.

Al fijarse en el gabán de la joven abrió mucho los ojos y masculló una obscenidad.

En el tercer piso encontraron la puerta. *McFee* llamó una sola vez y luego entró. El olor era muy fuerte y desagradable, pese al perfume barato que se respiraba en el ambiente.

Una negra de unos cuarenta años los miró desde el centro de la habitación. Llevaba una sucia y raída bata de seda.

—¿Dónde está *Melania Jones*? —preguntó *McFee*.

—¿Para qué la quieren? Ya la han fastidiado bastante anoche en la comisaría.

—Yo no fui, pero no me importa si la fastidieron. Quiero verla.

—Por favor —dijo *T. Felder* en voz baja—. ¿Es necesario todo esto?

—Cállese —respondió *McFee* secamente—. Vamos, que salga *Melania* o voy a entrar yo.

La cortina que separaba las dos habitaciones se abrió y *Milly Jones* hizo su aparición. Una aparición bastante estudiada, por cierto.

CAPÍTULO VII

Cuando salieron a la calle, *miss* Felder estaba pálida.

Subió al automóvil sin decir una sola palabra y sólo habló cuando el coche llegó a la Tercera Avenida.

—Esa muchacha... —comenzó a decir.

McFee la miró, aprovechando el semáforo rojo. No sonreía, pero daba la impresión de ir a hacerlo de un momento a otro.

—¿Cómo puede decir todas esas cosas tan horribles? Y, sobre todo, ¿cómo puede pensar de una manera tan estúpida?

—No lo sé. Pero usted me ha dicho que no es ni mucho menos la primera vez que penetra en estos lugares.

—Oh, es muy distinto. Yo... me he movido en los círculos que podríamos llamar politizados.

—Ah, sí, los Black Panthers y los hermanos musulmanes.

—¡Sí! —respondió ella un poco violentamente—. Sí. Allí son tan pobres como éstos, a veces más, pero tienen algo que los une, que los espiritualiza, si podemos usar esa palabra.

—Oh, puede utilizar todas las palabras que quiera. Estoy conforme. Considero a los politizados como un peligro, porque soy un policía, y en cualquier momento puede surgir una chispa que nos sumerja a todos. Pero creo que tienen razón en muchas cosas. Y... leí ese libro de que me habló. En él se exponía muy bien el problema, pero no se apuntaba ninguna solución.

—Me gustaría... —dijo ella estremeciéndose, pese a la calefacción del coche— que me dejase usted en mi casa. No tengo ganas de volver ahora a la oficina.

—¿Le han quitado el apetito las palabras de esa pequeña tunante y de la otra?

—Creo que sí.

Hizo una pausa.

—Pero... ¡por el amor de Dios! ¿Cómo puede gustarle a esa chica que los hombres se acuchillen por ella? ¿Cómo puede atiborrarse de drogas y emborracharse continuamente? ¿Y cómo puede gustarle lo...?

Se calló, con otro leve estremecimiento. McFee la contemplaba con ligera ironía.

—Lástima. Pensaba pedirle que comiera conmigo.

Ella vaciló un instante.

—Venga conmigo a casa.

Vivía en la calle 53, junto al museo de Arte Moderno, casi a espaldas del hotel Dorset.

La entrada se abría a una amplia sala, cuyo centro estaba cubierto por anaquelerías corridas, de cristal.

En ellas se alineaban filas enteras de objetos iluminados por luces indirectas, verdosas.

Eran cabezas warrangas, talladas en madera negra y leñosa, máscaras indias precolombinas, cuchillos *kriss* malayos de hoja ondulada, cristales de roca de formas caprichosas y vasos prehistóricos de barro negruzco. Por último, un sable japonés de mango de madera.

—Recuerdos de mis viajes. Venga.

Le llevó a un rincón de la sala, en el que había un diván, un mueble bar imitación graciosa del mostrador de una posada inglesa, el tocadiscos estereofónico y el aparato de televisión.

—Siéntese y póngase cómodo.

—¿En este museo? ¿Bromea?

—¿No le gusta?

—Me... abruma, diría yo mejor. El contraste entre lo que acabamos de dejar y esto es... abrumador, puede creerlo.

—¿Se está riendo de mí?

—Por supuesto que no. Me estoy riendo de la vida, con mayúscula, si lo quiere. No me extraña que haya cosas que no pueda usted comprender, pese a su amistad con los Panteras Negras y sus peregrinaciones fortuitas a Harlem.

—Váyase —dijo ella con los labios tensos.

McFee, que iba a quitarse la gabardina, volvió a abrochársela. No había dejado de sonreír.

—Conforme, *miss* Felder. Ya la llamaré por teléfono.

—Es usted un...

—Sí, todo eso, ya me lo han dicho muchas veces. Adiós.

—Espere un poco.

—¿A qué? ¿Quiere que sigamos insultándonos?

—Quiero preguntarle una cosa.

—Pues dese prisa.

Ahora ya no sonreía. Ella vaciló ligeramente.

—Siento haberle dicho que se fuera.

—Y yo siento haberme comportado como un resentido. Porque me parece que en gran parte es lo que ha ocurrido: que soy un resentido. No crecí en este lujo, ni me codeé con los capitales de la industria privada ni con sus hermosas hijas.

—¿Vuelve otra vez? —preguntó ella con la cara tormentosa.

—No. ¿Quiere que me quede?

—Sí.

McFee se quitó la gabardina y se dejó caer en el diván. Ella se puso tras el mostrador del bar y le preguntó qué iba a tomar.

—Vodka con naranja —respondió él.

La muchacha le trajo la bebida. Estaba tan cerca, que él alargó la mano y se la puso en la cadera. Fue un movimiento tan fortuito, al parecer, que ella no intentó retirarse. Pero los ojos con los que le miró parecieron oscurecerse de pronto.

—Bébase ése y le serviré otro —dijo al cabo de casi treinta segundos.

—Luego —respondió McFee escuetamente.

La obligó a sentarse a su lado, con una suave presión de la mano.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó ella serenamente.

—No lo sé. ¿Y tú?

—Suéltame y te lo diré.

McFee la soltó. Bebió lentamente la amarilla bebida. Tenía bastante vodka.

—¿Otra?

—Luego. Déjame descansar un poco. ¿Tú estás bebiendo lo mismo?

—Exactamente igual. No me gusta dar ventajas a mis contrincantes.

—¿Lo soy?

—Lo eres.

—Pues no es esa mi intención.

—Te comportas como si lo fuera.

McFee se echó a reír sin alegría.

—Esto parece un diálogo de tontos. Vamos a ver si nos enredamos de nuevo.

—¿Quieres comer algo?

—Luego.

—Hemos venido aquí para eso, ¿no?

—No sé a lo que hemos venido, pero en este momento no tengo apetito.

Le puso otra vez la mano en la cadera y la atrajo hacia sí.

—A «eso» sí que no hemos venido —dijo ella, tensamente.

Pero no trató de levantarse.

—Escucha —dijo Morton McFee—. No sé a lo que hemos venido, pero en este vodka había algo diabólico. Ha despertado mis peores instintos.

—Vuélvelos a sus guaridas y hablemos.

—Oh, hablar... Bueno, está bien, hablemos.

La atrajo hacia sí, y la besó.

Ella resistió al principio, e intentó separarse, pero como no lo consiguiera al primer intento, fue cediendo poco a poco.

Hasta que ambos cuerpos estuvieron tan juntos que hubiera sido inútil hacer pasar entre ellos la hoja del sable japonés.

Aquello duró un siglo para ambos, pero en realidad sólo transcurrieron dos minutos hasta que ella logró separarse al fin. Jadeaba y dos manchas rosadas habían aparecido en su rostro, a través del maquillaje.

—Puedes darme esa otra bebida —dijo McFee.

—Si te ha de causar el mismo efecto, prefiero no hacerlo.

—Enviaré a sus cuevas a mis instintos ancestrales..., al menos lo procuraré.

—Y yo me pondré un poco más lejos. No te echo a ti toda la culpa.

McFee se rió. Esta vez, con alegría. Ella lo miró sorprendida.

—Eso me ha gustado —dijo.

—¿El qué?

—Hasta ahora no te había visto reír..., reír de verdad. Siempre te he visto sonreír como un policía de película, con la boca torcida.

—Soy un hombre de múltiples facetas. Algunas de ellas son bastante buenas, como ya irás viendo si no te separas demasiado.

—Esa chica me ha hecho bajar la guardia. Por eso has podido aprovecharte de mí —respondió ella poniéndose en pie y caminando hacia el bar.

McFee la observó. Cintura estrecha, piernas esbeltas y caderas redondeadas. Era todo un gozo para la vista el verla moverse.

—Me alegro, entonces —respondió McFee—. Por eso te he besado ahora, y no esta mañana, pese a los deseos que tenía de hacerlo. Si lo hubiera hecho, en el estado de frialdad en que te encontrabas, con tus sociólogos y demás, me hubieras abofeteado o hubieras llamado a un guardia.

—¿Quieres callarte? Déjame que me serene un poco, al menos. En realidad deberías ser una buena persona, coger tu trinchera y largarte de mi casa.

—No deseo ser una buena persona. Ven, siéntate. Me estaré quieto. Ella obedeció.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó—. Me refiero a esa chica. Tal vez pudiera enderezarse con un poco de buena voluntad por parte de todos. No soy una mojigata, pero esos veinte corrompidos años...

—¿Quieres que te diga una cosa? No nos ha dicho más que lo que quería que supiéramos. Que ha fumado marihuana, pero que no sigue fumándola, cuando puede conseguirla, porque eso la llevaría a la cárcel. Te ha dicho que le gusta que los hombres se peleen a muerte por ella, pero no que probablemente ella misma tiene un asesinato sobre la conciencia. Se ha limitado a escandalizarte.

Se quedó pensativo un momento.

—Pudiera ser... —dijo de pronto, acariciando el pelo de la joven—. Pudiera ser...

—¿Qué?

—Nada, una idea simplemente.

Cogió entre sus manos la cara de T. Felder.

—¿Aplazas hasta esta noche la comida que me debes?

Ella asintió.

—Pero quiero saber lo que vas a hacer. No te olvides de que debemos colaborar.

Él le recorrió el cuerpo con la mirada.

—Coordinaremos, no lo dudes. Sea oficial o particularmente.

—¿No me puedes llevar, adonde tú vayas?

—Te llevaría, pero no conseguiríamos nada con ello. Ahí no te dejarían entrar.

—¿Algún lugar como el de esta mañana?

—No, por el contrario, un lugar altamente respetable: la oficina que el gobernador tiene en Nueva York.

—¿No vas a Albany?

—No, no, quiero ver a

O'Ley,

y

O'Ley

tiene una oficina aquí, para no verse obligado a desplazarse desde Albany cada vez que quiere alguna cosa.

Ella lo cogió del brazo y se dirigieron hacia la puerta. Al llegar a la salida, McFee se inclinó sobre ella y la besó.

—No te olvides. Te veré esta noche.

Condujo hasta la oficina del gobernador, muy despacio, a causa de la intensa nevada. Cuando llegó a ella, pidió ver a

O'Ley.

El capitán lo recibió en su despacho.

McFee le dijo:

—Quisiera que me consiguiese usted algo, a no ser que vaya contra el secreto profesional.

—Nada secreto entre un par de policías, ¿eh, McFee, viejo? Bien, ¿qué quiere? ¿Es algo sobre la entrevista que sostuvimos en el despacho del juez Halstead?

—Sí.

McFee se lo explicó por encima. El capitán tocó un timbre y dio una orden al policía que apareció en la puerta. Un momento después, el hombre volvió y dijo algo al oído de su superior. Éste miró a McFee.

—Tiene usted una suerte condenada. Acaban de traer al muchacho. El gobernador ha pedido que lo interroguemos aquí, por si él pudiera acercarse. Pero tiene varios actos y no sabemos si podrá... Bien, el ayudante del fiscal estará también. Pero ¡diablos condenados! Usted sabía algo de esto.

—Me lo imaginé solamente —respondió McFee sonriendo—. Un posible disturbio, una posible enfrentación de negros y blancos no podría dejar impasible al gobernador.

—Bueno, bueno, vamos.

Murchison, el asistente del Attorney general frunció el entrecejo.

—¿Usted otra vez, McFee?

—He venido para verlo, Murchison. Me gustaría asistir al interrogatorio de Adeanu. No olvide que estamos colaborando estrechamente con la UNESCO.

—Váyase al diablo, McFee. Usted lo toma todo a broma siempre. Y

esto es altamente serio. Está bien, venga, pero no intervenga. Este asunto lo vamos a llevar nosotros.

—Cualquiera diría que nunca ha colaborado la policía con el fiscal —dijo McFee—. Se porta usted como si fuéramos parientes lejanos y pobres.

—Cállese, si es que puede. Éste es un interrogatorio fuera de serie. Peter Adeanu estaba sentado en una silla, junto a la mesa del procurador, pero no habían encendido ningún foco frente a su cara. Estaba despeinado y sucio y en sus ojos se leía el temor y la desesperación.

—Bien —dijo Murchison—. Así que ha creído que escondiéndose podría escapar a la ley, ¿no es así, Adeanu?

—Yo no me escondía —fue la respuesta—. Quiero ver a un abogado.

—Usted ha tratado de escapar a la vigilancia del hombre encargado de seguirle.

—No sabía que fuera un policía. Quiero ver a un abogado. Tengo derecho, ¿no?

—Lo han encontrado en casa de un amigo suyo. ¿Qué hacía allí?

—¿No puedo ir a casa de un amigo?

—«No», si es para esconderse —dijo uno de los policías.

—¡No me escondía, repito!

La frente de Murchison se iba cubriendo de arrugas de impaciencia.

—¿Quiénes fueron los negros que mataron a su padre?

—Yo... no lo sé.

—¿Quiénes fueron? Usted dijo en el primer interrogatorio que lo sabía.

—No lo sé, no lo sé. ¡No lo sé!

McFee creyó llegado el momento de intervenir.

—Cuando estuvo en la Escuela de Pop Papirosh, ¿iba usted a buscar ayuda para los que mataron a su padre?

—Yo... ¡no sé de lo que está hablando!

McFee ya sabía lo que había ido a buscar allí. Salió. Murchison lo siguió.

—Vea, McFee. Sólo sabemos que fue un negro quien mató a Adeanu, pero como no vamos a detener a medio millón de negros, tenemos que agarrarnos a lo que tenemos y lo que tenemos es Adeanu.

—De acuerdo. Pero al parecer lo que no se quiere en los altos medios es que sienten en el banquillo a Adeanu. Y usted lo sabe bien. Sigán con él, si quieren, pero recuerden que no lo van a acusar oficialmente, o habría líos por las cuatro esquinas.

—Está bien. Al chico lo encontramos en casa de un rabino.

—¿Hombre honrado?

—Por completo. Anda por ahí. ¿Quiere usted verlo?

—No es necesario, gracias.

Y salió.

—Ese muchacho está aterrado —dijo aquella misma tarde a Kleist en su despacho de la jefatura, en Center Street y Canal—. Está encubriendo a alguien y no sólo por el miedo físico a lo que puedan hacerle, como clavarle un cuchillo en la espalda, sino por el temor de convertirse en un delator. Murchison está rabioso, pero no lo sentará en el banquillo.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer nosotros?

—Ver a un antiguo conocido. Es decir, lo voy a ver yo. Voy a visitar de nuevo la Escuela de Pop Papirosh. Pero antes vamos a ver a Gleason.

El inspector escuchó la historia, muy interesado, al parecer.

—Tened en cuenta que ésta no es investigación corriente. Ese detalle de la Escuela de Pop Papirosh, debe explotarlo la policía. Al fin y al cabo, nosotros en este asunto no estamos implicados directamente, no tan directamente como las comisarías. Nos movemos a mayor altura.

—No te preocupes. Ya les pasaré el dato de la Escuela cuando lo haya revisado yo mismo.

—Bien, agota esa posibilidad.

—A propósito, ¿qué tal van tus relaciones con los altos organismos del papeleo? —preguntó Kleist.

—Bien. Colaboramos estrechamente.

—No has hecho tu informe diario —observó Gleason.

—Lo haré a la noche, muchacho.

La Escuela estaba llena cuando McFee abrió la puerta. El olor especial que reinaba allí lo devolvió al instante a su infancia. Un sentimiento de repulsión casi invencible se apoderó de él y estuvo a punto de dar media vuelta y marcharse de allí, abandonando el asunto.

Dominando el asco, cruzó junto a las mesas de billar y llegó al pequeño cubículo desde el que Pop Papirosh dominaba el local. Los hermosos ojos del griego lo examinaron fríamente. Si lo reconoció, no dio muestra alguna de ello.

—¿Puedo servirle en algo? —preguntó.

—Sí —fue la seca respuesta—. Quiero que me diga todo lo que sepa de Pet Adeanu.

—No sé nada de él.

Algo en los ojos del detective le hizo añadir, después de una pausa casi imperceptible:

—¿Adeanu, ha dicho?

—Dije.

—¿No es el nombre de un droguero que mataron hace unos días?

—Sí, y usted lo sabe muy bien. Quiero que me diga cuanto sepa sobre su hijo.

—No lo conozco.

—Escuche —dijo McFee—. Hace unos días, un tipo llamado Adeanu, al cual sí conoce usted, estuvo aquí.

Hizo una pausa.

—No sé si habló con usted, pero sí estoy seguro de que lo hizo con alguien que estaba aquí. Atienda muy bien a lo que voy a decirle, Papirosh:

Otra pausa, muy significativa.

—Si dentro de veinticuatro horas no me ha contado usted la historia completa de lo que hizo ese muchacho cuando estuvo aquí, le voy a cerrar el local. Va en serio, Papirosh. Quiero que cante. Letra y música.

—Traiga una orden judicial y podrá cerrar el local. Antes, no.

—Con orden o sin orden, se lo cierro, Papirosh.

—¿Quiere enseñarme su placa?

McFee lo hizo, de manera que pudiera ver su nombre. Pop alzó la mirada. Una débil luz de reconocimiento brilló en las negras pupilas.

—Sí, Papirosh, le cierro el local. Para ello me bastará con enviar aquí a unos cuantos muchachos fornidos, y armar camorra. O poner unos cuantos agentes sentados en sillas mirando cómo los demás juegan. ¿Le gustaría eso?

—Eso va contra la ley.

—Pero ¿qué me dice? No harían más que mirar. Pero tal vez alguno de ellos sintiera deseos de pelea por haber bebido unas copas de más y..., bueno, ya sabe. Los muebles se rompen..., el negocio se resiente... Luego vienen los registros policíacos... Bueno, bueno, Papirosh, usted sabrá lo que le conviene.

El otro seguía mirándole fijamente. McFee agregó:

—Además, Papirosh, ahora sabe quién soy yo. Y sabe también que cumplo mi palabra.

Otra pausa.

—Mañana por la noche tengo que saber de cierto lo que Adeanu quería aquí. Y... una sola palabra que pronuncie usted, Papirosh, y va a la caponera. Le fragué cualquier prueba y a ver quién le saca con un *habeas corpus*. La cosa podría dilatarse... indefinidamente. Soy muy capaz de ello.

Pop no respondió. McFee dio media vuelta y salió a la calle. Llegó a la casa de la calle 53 hambriento y enfurecido.

Miss Felder le abrió la puerta.

—Ya creí que no vendrías. Acostumbro a comer a las siete.

—¿Qué prefiere? —preguntó él abruptamente—. ¿Cine, teatro o club nocturno?

—Mi casa. No pienso moverme de ella. Ponte cómodo.

Un momento después, McFee estaba muy cómodo en el diván. Se había quitado la chaqueta y después de una corta vacilación, el arnés con la

«Smith & Wesson».

—¿Algo nuevo? —preguntó T. Felder.

Se acercó a él y se sentó a su lado.

—No te acerques demasiado, T.

—No lo haré, tenemos que hablar.

—Pues si tan obediente eres, me acercaré yo.

Le pasó un brazo por los hombros. Ella no se resistió, pero dijo:

—Por favor, ahora no. Tenemos que hablar.

—¿Por qué no?

La voz de McFee sonaba desabridamente.

—Acabo de llegar de un sitio donde había tanta suciedad que siento deseos de tocar algo limpio. Mira, quizá huelas todavía a ese putrefacto lugar.

—No noto ningún olor especial.

—Bueno, pues será por dentro. Acabo de revivir un infierno y, ¡por el diablo!, que la experiencia no me ha gustado.

—Tú fuiste uno de los chicos de la linde, ¿verdad? —preguntó T. Felder de pronto.

McFee asintió con la cabeza.

—No me lo cuentes, si no quieres.

—No hay gran cosa que contar. Tuve suerte... Dame algo de beber, ¿quieres?

—¿Vodka con naranja?

—No. *Whisky*.

Ella se puso en pie y le sirvió. Se preparó uno suave para sí misma.

—Tuviste suerte, has dicho.

—La tuve. Mi madre, que era una campesina polaca que ni escribir en su propio idioma sabía, lo vio a tiempo y me alejó de aquí. De esa forma yo tuve oportunidad de ver el otro lado de la situación. Le llenó el vaso de nuevo, y él lo vació de un trago.

—Ven —dijo. Y la atrajo brutalmente hacia sí. Hasta que sintió muy cerca la acelerada respiración de ella.

—No, Morton. Por favor, Morton.

Él no le hizo caso.

—Esas cosas no se piden por favor, y lo sabes muy bien —dijo.

—¡No te aproveches!

—Es lo que pienso hacer. Aprovechar la situación hasta el máximo. Y ahora, ¿no quieres de veras que salgamos?

T. Felder negó con la cabeza.

McFee la contempló con una atención casi insultante. Ella enrojeció bajo la mirada masculina.

—Tú padre sabe hacer bien ciertas cosas —dijo Morton, y a ti te hizo perfectamente.

—Cálmate, ¿quieres? Por otra parte mi padre tiene otra condición. No le gusta que se apoderen de las cosas que le pertenecen.

McFee alargó las piernas como exponiéndolas a una chimenea inexistente.

—No toco si no lo que me dan, no te preocupes.

En ese punto advirtió que estaba algo bebido.

—¿Te importará que me vaya? Mañana tengo que madrugar, y además... estoy comenzando a decir tonterías.

Ella no le respondió. Se limitaba a mirarlo con los ojos entornados.

—No hagas eso —dijo él.

—¿Qué?

—Mirarme de esa manera.

—¿De veras tienes que irte?

—«Debo» irme o comenzaremos de nuevo.

—Comenzar, ¿qué?

—¡No sigas por ese camino!

—No sé ni de lo que estás hablando.

—¡Maldición...!

—No maldigas.

La abrazó estrechamente. Ella dijo:

—Espera un momento, ¿quieres?

—¡No pienso esperar ni un momento más. Me has provocado y eso se paga con la muerte al amanecer!

Ella lo abandonó riendo y fue apagando las luces, hasta que sólo quedaron las de la vitrina central. La habitación se convirtió en una fantasmagoría verde.

—¿Tomas otra copa?

—Tú sabes a lo que te expones, ¿verdad?

—Pero ¿me expongo a algo?

McFee se puso en pie y volvió a abrazarla.

—Me estás cortando la respiración.

—Pues no pienso soltarte.

—Tendríamos que hablar...

—Hablabamos en otro momento. Por el amor de Dios, T...

La besó salvajemente. Los brazos de ella le rodearon el cuello.

—Bueno, ¿tomas esa última copa?

—Dámela. Y luego...

—Deja el tiempo al tiempo. No pronostiques. Quizá estés tan cansado que...

Bebieron la copa, un sorbo él, otro ella, unidos estrechamente. Luego, a tropezones, se dirigieron al diván.

CAPÍTULO VIII

La luz de una linterna alumbró las desnudas paredes del garaje y bajó hasta encontrar las caras de los hombres.

—Tom, Toby, Dan, Rosso, Mari —fue nombrando lentamente hasta que lo hubo hecho con todos.

Sólo entonces apagó la luz.

—Y yo. Somos once.

—¿Dónde está Micky? —preguntó una voz.

—No tardará. Callaos.

Una densa cortina de silencio se extendió sobre ellos.

Sólo el resollar de alguna respiración delataba la presencia de seres vivos en el rincón de la vasta nave.

Luego, un chirrido claramente perceptible.

—¿Micky? —preguntó Jacky Mendel.

—Sí.

El ruido de las pisadas del irlandés se fue acercando.

—¿Estáis todos?

—Sólo tú faltabas.

—Ese bastardo pasa a las diez por el tinglado «C» del muelle, ¿no es así?

—Sí —dijo Mari Vajanico—. Todas las noches, y va solo. Viene de ver a su negrita que vive al otro lado del río.

—Lástima que no viniera con ese cerdo de Nat.

La voz de Micky sonaba rasposa.

—Pero a ése ya le daremos lo suyo en cualquier momento. Y ahora...

Pasó la mirada alrededor.

—¿Todos dispuestos?

La linterna iluminó todos los rostros.

Fueron asintiendo las faces inexpresivas, los ojos fríos y decididos, según el rayo los iba ganando en su azulada claridad.

—En marcha —dijo Micky.

Estaba exaltado de pasión salvaje.

Ahora iban a ver quién era él. Basta de palabras. Acción, eso era lo

que requería la hora presente. Los grandes de las pandillas, los tipos que reclutaban gente para los grandes, no tendrían más remedio que fijarse en él, después de ahora.

Y entonces, fuera, perros judíos. No serían ellos quienes le siguieran los pasos entonces, sino auténticos y duros tíos. Con éstos trabajaría a gusto.

O'Lomax.

Cara de perro; Cushingham, cualquiera de ellos le daría un golpecito en el hombro y le diría: «Muchacho, así se hacen las cosas». «Vente a trabajar con nosotros. El mundo es tuyo».

Eso harían, y entonces, ¡al infierno los puercos judíos!

La frente se le llenó de sudor frío. Era su hora, la hora de Micky Cadogan. Algún día todos oirían hablar de él y lo nombrarían con tanto respeto como a cualquier «capo» de la Cosa Nostra.

Casi perdió el sentido ante lo que aquello podía significar para él.

Luego, la crisis pasó como había venido.

Uno a uno fueron saliendo del garaje.

El tinglado «C» del muelle 114 hacía ya mucho tiempo que no se utilizaba más que para guardar mercancías que nadie había reclamado o sobrantes de accidentes que las compañías de seguros no habían puesto de nuevo en circulación, porque valían menos de lo que costaría repartirlas.

Era allí donde Micky Cadogan y los suyos aguardarían a Timothy Soozanne, el cual dos veces a la semana pasaba por el muelle, de vuelta de entretenerse con su amiga, la hija de uno de los guardianes del Yanqui Stadium.

A las diez de la noche, la nieve seguía cayendo espesamente. Un viento helado cruzaba los muelles, fustigando a los escasos vigilantes, y mitigando el resplandor de los reverberos eléctricos.

Las sirenas de las gabarras mugían intermitentemente y las respiraciones formaban nubes de vapor en torno a las caras.

—Creo que ya llega —dijo Rom.

—Ahora —respondió Mari Vajanico.

La espigada silueta de Tim Soozanne apareció por el lado norte.

Llevaba ropas oscuras y resultaba casi invisible, pero los ojos de los que esperaban, acostumbrados a la oscuridad, lo distinguieron claramente.

Venía silbando y mirando a uno y otro lado.

De pronto, como un podenco que hubiese venteado el peligro, se detuvo, vaciló un momento y luego, más lentamente, continuó su camino.

Entonces Micky se incorporó y le cortó el camino.

Los reflejos del negro eran rapidísimos.

No esperó siquiera para ver quién era el que había surgido ante él.

Dio media vuelta y echó a correr, pero todo estaba previsto.

Rosso Minelli se le lanzó a los pies y ambos rodaron por el suelo.

Antes de que cualquiera de ellos pudiera ponerse en pie, había tres más encima.

Seis manos cogieron al negro por los brazos y lo pusieron en pie, mientras Vajanico le tapaba la boca.

Su aullido se perdió en un gorgoteo.

—¡Cerdo!

La voz de Micky era jadeante.

—¿Creías que ibas a salvar la cochina negra piel?

Y alzando el brazo dijo:

—¡Vamos, dadle todos! ¡Todos!

Un puño se incrustó en el estómago de Tim. Luego, otro, otro más.

Los puños, bien manejados, acabaron con la brava y desesperada resistencia de Tim.

Se vino abajo como un saco, pero ni siquiera así lo dejaron. Lo que hicieron fue golpearle con las pezuñas hasta que cesó de moverse.

Micky se irguió, triunfante.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la pistola.

—

O'Duffy,

estés donde estés, ¡mira! Te estamos vengando, muchacho.

Apuntó a la caída figura y apretó el gatillo.

Toby Blume cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo vio que algo oscuro, parecido a una serpiente, brotaba del bulto caído a sus pies.

El disparo no había hecho demasiado ruido en la nevada, pero una luz se encendió en una de las casetas y el ruido de las botas del vigilante se oyó a la derecha.

—¡Fuera todos! —gritó Jacky Mendel.

Las sombras se perdieron en la niebla.

El vigilante nocturno llegó junto al cuerpo de Tim y lo alumbró con la linterna.

El negro yacía hecho un ovillo y respiraba estertorosamente.
—¡Cristo! —dijo el hombre.
Y se llevó el silbato a la boca.

* * *

Hasta las siete de la mañana, no llegó a la jefatura de policía la noticia de que un negro había sido muerto y apaleado brutalmente en uno de los muelles. Al despacho del inspector Gleason, llegó casi tres horas más tarde.

* * *

La bola, despedida por la fuerte mano, partió velozmente, tocó al bolo del vértice lanzándolo con violencia sobre la izquierda. Todos menos uno, saltaron por el aire.

—Sí, lo he visto —dijo Josh Nat.

Cogió una nueva bola y la sopesó.

Llevaba una boina negra sobre los crespos cabellos, y lentes oscuros.

Uno de sus muchachos le alargó una

coca-cola,

que bebió a pico.

—Sí —repitió—. He visto cómo lo han dejado, y esos hijos de perra blanca lo van a pagar todo junto.

Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Todo —añadió con una mueca.

Los bolos, alzados por el invisible mecanismo se colocaron nuevamente en posición. Josh se irguió.

—Vámonos —dijo.

La primera en salir fue Milly Jones. Detrás de ella siguieron todos los demás. La nieve cubría por completo la acera.

Josh se levantó el cuello del chaquetón.

—¿Habéis visto a aquel tipo? —
preguntó’.

—Sí —dijo uno de los negros—. Estaba ya ahí cuando entramos en la bolera.

Los oscuros ojos de Josh Nat examinaron el hombre por debajo de

la boina.

—Tanto puede ser, como no.

Hizo una pausa.

—Nos vamos a arriesgar, pero poquito.

Milly movió las caderas como si estuviera bailando.

—Yo tengo que ir a casa —dijo—. Vamos, ¿quién quiere venir a mi casa?

Nat soltó una risita.

—Todos —dijo—. Vamos a ir todos, pero... «después».

—Cuando acabemos con Tollie —dijo uno de los negros.

La muchacha se paró ante el farol y tomando entre sus manos unos copos de nieve que se derritieron al momento.

—No voy a lo de Tollie. No quiero ir de nuevo a la comisaría.

—No hará falta que entres —dijo Nat—. Pero te quedarás por ahí, para avisar. Después nos reuniremos en tu casa. Vamos.

En fila india se dirigieron hacia la calle 137. Al llegar a la esquina se detuvieron.

Delante de la tienda de Tollie no había nadie.

—No dio el chivatazo a la policía —dijo uno de los negros.

—Pero por culpa de ese marrano no pudimos acabar con ellos aquella noche.

Nat hablaba en voz baja.

—Ahora, o no lo haremos nunca. Ese tipo no es un negro. Es un tío Tom y le vamos a dar lo suyo.

—Pero —insistió otro de ellos—, ¿lo vamos a...?

Josh se encogió de hombros.

—Ya saldrá lo que sea necesario. Todos a una, como entonces, vamos.

Y él mismo abrió la puerta, como hiciera en la droguería de Sam Adeanu.

Tollie levantó bruscamente la cabeza de la máquina registradora, en la que estaba hurgando y su tez fue tomando un color ceniciento.

—Hola, Tollie —dijo Josh—. Aquí estamos nosotros otra vez.

Tollie miró a su alrededor con ojos angustiados, pero la hora estaba perfectamente elegida. Hacía algún tiempo que el último parroquiano se había marchado.

—Escucha, Josh, yo...

—Cállate —dijo Nat—. Cállate, tío Tom.

—Mira, Josh, no podéis...

Josh había dado dos pasos hacia adelante. Detrás de él aparecieron los demás, en fila.

Y todos miraban fijamente al cafetero.

—¡No, Josh! —aulló Tollie. Un delgado hilo de saliva brotó de sus labios—. ¡No!

—Vamos a él —ordenó Nat.

Se precipitó sobre el cafetero como una catapulta, con la pistola en la mano, y le golpeó en el pecho, lanzándolo contra la pared detrás del mostrador.

Como una manada de perros salvajes, los otros se lanzaron a la pelea.

Josh cogió la cabeza de Tollie y la puso bajo el chorro de vapor de la cafetera. Luego, abrió el grifo.

Un aullido escalofriante brotó de la boca de Tollie. El vapor hirviendo le bañó la cara y perdió el conocimiento.

—Vamos —dijo Josh incorporándose—. Tenemos cinco minutos.

En cinco minutos se pueden hacer muchas cosas.

Por ejemplo, orar, ayudar a nuestro hermano en desgracia, acallar el llanto de un niño, o contemplar una puesta de sol.

Pero también se puede destrozar todo el trabajo de diez años y eso fue precisamente lo que hicieron.

Cuando el último de los negros de Nat salió de la cafetería, quedaba tras de ellos una estela de destrucción malvada y estúpida.

Y también quedaba un cadáver.

* * *

—Parece que mi destino sea tener que esperar para darte las noticias —dijo Kleist al ver aparecer a McFee en la puerta del despacho—. ¿Dónde diablos te metes? He estado llamando a tu casa desde las ocho.

McFee hizo un gesto ambiguo.

—Por ahí. ¿Qué ha ocurrido?

—¿No ibas anoche a verte con *miss* UNESCO? —preguntó Kleist de pronto.

Al ver la cara de su amigo, añadió apresuradamente:

—Bueno, bueno, donde quiera que hayas estado, el caso es que

O'Ley

ha llamado a las siete de la mañana desde la oficina del gobernador.

—¿Sí? ¿Para qué?

—Unos desconocidos apalearon y mataron a un negro en los muelles. El vigilante que lo encontró dice que vio correr a un grupo cuando él acudía, y que la nieve no le permitía ver mucho, pero uno de ellos era indiscutiblemente un blanco.

—¿Por qué la comisaría de los muelles no nos llamó a nosotros? —preguntó McFee, enfurecido.

—No tenían ni idea de que debían hacerlo. Pero al parecer

O'Ley

ha pasado un aviso a todas las comisarías para que le avisen a él.

—Valiente entrometido. Esta vez nos ha ganado por la mano y procurará que el gobernador se entere de su oficiosidad. Bueno, ¿hay algo más? Por tu cara me parece que sí.

—Ahí va: el tipo muerto se llama Timothy Soozanne y no necesito recordarte que es el mismo que vimos en el despacho de Halstead.

McFee perdió su aire perezoso.

—Repite eso, muchacho. No, no lo repitas, no hace maldita la falta.

—Gleason está en este momento conferenciando con

O'Ley

y el gobernador. Probablemente nos va a tocar movernos.

McFee se apoyó pensativo en el archivador y encendió un cigarrillo. Se estaba acordando de T. Felder y... bueno se estaba acordando de ella y cada vez le apetecía menos sumergirse en la rutina diaria. En lugar de ello le hubiera gustado llamarla e invitarla a comer o a hacer un rápido viaje a Florida.

—Nos están fraguando algo debajo de las posaderas, Josué —dijo—. Y esa maldita sabandija de Pop Papirosh sabe algo.

—Vamos a ver a Gleason —dijo Kleist.

El inspector jefe acababa de colgar el teléfono.

—El gobernador ha dicho que tenemos carta blanca. Y os lo voy a decir para vuestro régimen interno: necesita un parte diario. Dice que si es necesario y las comisarías y la jefatura no tienen bastantes hombres, pondrá en alerta «primera fase» a la Guardia Nacional.

—Que no se lo tome tan a pecho —replicó McFee irritado—. ¿Qué es lo que le ocurre al gobernador? ¿Le gustaría ver a la Guardia Nacional en la calle? Pues a mí, no. Si quinientos policías no bastan

en Harlem, ya podemos dimitir de nuestros cargos.

—Bueno, bueno, no gruñas. Lo que hay que hacer es moverse.

—Necesito un mandamiento judicial para cerrar la Escuela de Pop Papirosh —dijo McFee—. Y lo necesito... ahora.

—¿Piensas cerrarla, de veras?

—No lo sé, pero quiero el mandamiento.

—Tal vez a la comisaría le convenga tenerla abierta. No sé por qué me parece que aquello debe ser un nido de cuclillos cantantes.

—Pop Papirosh sabe algo y me lo va a decir. De lo contrario, o le cierro la Escuela o envío allí a unos cuantos muchachos a armar escándalo.

—Tendrás el mandamiento dentro de diez minutos. El mismo juez Halstead te lo proporcionará. He hablado con él y está muy afectado por lo que le ocurrió a Soozanne.

Miró a McFee con ironía.

—A propósito, he estado dialogando con la sección de estadística de la UNESCO. ¿Cómo te has arreglado para cooperar todos estos días estrechamente con ellos y no te has dado cuenta de que T. Felder tiene faldas y tacones altos? Ah, ¿sí te habías dado cuenta?

—Los árboles no dejan ver el bosque —opinó Kleist—. Ver mucho una cosa equivale a dejar de verla. Psicología, es la bonita palabra.

McFee dijo fríamente:

—Si hemos acabado con las murmuraciones, podemos ponernos al trabajo. Vamos a ver a Murchison. Puede que él tenga algo para nosotros.

Murchison lo tenía.

—Hola, McFee —dijo relamiéndose como un gato—. ¿Sabía usted que su protegido...?

McFee previo que algo se le venía encima. No sabía qué, pero no estaba dispuesto a perder el tiempo.

—Un momento. No sé de qué protegido me está usted hablando.

—De Adeanu. Del hombre del que tanto se preocupa usted.

—¿Qué ha ocurrido con él?

—Nada.

Hizo una pausa.

—Nada, sino que la pistola que se halló junto al cuerpo de Soozanne, el negro muerto, llevaba las huellas digitales de Adeanu. Y nada más que las huellas de él. ¿Qué me cuenta?

—¿Qué quiere que le diga? Me preocupo de él, pero no soy su tutor. McFee lo pensó un instante.

—Oiga, Murchison, ¿no tenían ustedes detenido a Adeanu? ¿Por qué diablos trata de echarme ahora el muerto encima a mí?

—No detenido. Lo solíamos. Estaba vigilado, pero sus huellas están en esa pistola, de eso no hay duda. Ahora dígame lo que puedo hacer yo, si no es cogerlo de nuevo y acusarlo formalmente, aunque tenga que sentarse en el banquillo. ¿Qué puede hacer la oficina del fiscal? Dígamelo y charlaremos amistosamente.

—Vamos a hablar con Adeanu. ¿Dónde está?

—En la casa del rabino Weiss.

Pero Adeanu no pudo aclararles nada.

Aseguró que nada sabía, y que quería ver a un abogado, y que si se creían que aquello era Rusia, y que todo le ocurría por ser judío, y no le ocurriría si hubiera sido ario, esquimal o natural de las Lipari. No pudieron sacarlo de ahí y negó saber cómo habían ido a parar aquellas huellas a la pistola.

McFee lo examinó atentamente.

—Sabe usted algo, Adeanu, y además es usted un imbécil. Usted sabe cómo fueron a parar sus huellas en la pistola, pero no lo quiere decir por el estúpido código del hampa: no hables, no hables jamás, ni digas nada a la policía. Oh, sí, lo sabe, y si por mí fuera se lo sacaría ahora mismo a golpes.

—¡McFee! —dijo Gleason.

—Déjame. Diez minutos a solas con este idiota y les aseguro que nos íbamos a enterar. Porque no se da cuenta el grandísimo burro de que tanto si habla como si no, es un hombre marcado por los negros y que ellos lo encontrarán como encontramos a su padre. Y ahora, por el amor de Dios, ¡me voy a ver a Papirosh! Gleason, ¿está ya el mandamiento?

Estaba. McFee lo cogió, y junto con Kleist emprendió el viaje hacia el norte de la isla. La nevada continuaba cayendo, y hacía mucho frío. Las máquinas traganieve pasaban por la Tercera Avenida, pero ni aún eso bastaba para despejar las vías. Y lo peor es que la nieve se helaba, convirtiendo las calles en pistas de patinaje. Las ambulancias no daban abasto.

CAPÍTULO IX

Mickey Cadogan entró en la trastienda de los Mendel, donde el viejo Manashé acababa de consumir la cena. El judío lo miró con desprecio, pero no le dijo ni una palabra. Micky, tampoco.

Subió al cuarto de Jacky. Éste estaba tendido en la cama, con las manos tras de la nuca.

—Vamos —ordenó Micky. Abrió el cajón de la única mesa y sacó de él un puño de hierro.

—Nos va a hacer falta. Y en su rostro apareció una expresión de intenso odio, que Jacky Mendel conocía bien.

—Lo llevaré yo —dijo Jacky—. Pero ¿para qué lo vamos a necesitar? ¿No sería mejor liquidarlos a tiros? Eso podría hacer que se fijasen en nosotros los muchachos. El otro día vi a Lis Moran, ¿te acuerdas de él? Me dijo que Big está necesitando gente. ¿No crees que podríamos...?

—Cállate —ordenó Micky, furioso—. ¿Para qué necesitamos a nadie? ¿O es que no crees que yo valgo tanto como cualquiera de los muchachos?

—Sí —respondió Jacky.

Por primera vez en tantos años consideró a Micky bajo una nueva luz. Nunca se le había ocurrido discutir su jefatura, pero de ahí a quererse comparar con Big Traver... Big dominaba por sí solo parte del Riverside y cobraba el barato a los tenderos armenios y griegos. Y llevaba a su alrededor tres rubias imponentes cada vez que iba a alguno de sus clubs.

—Bueno, vamos. Procuraré que el viejo no me vea salir.

—¿Es que vas a tener miedo ahora a tu viejo?

—Oh, tú no sabes... Micky, el viejo tiene agallas. ¿Sabes lo que hizo con los dos matones que lo lisiaron y lo dejaron tuerto? Fue diciéndoles a todos los que venían a traerle cosas robadas que eran dos soplones, y los apalearon una noche como ellos lo habían apaleado a él.

—Vámonos —ordenó Micky sin hacerle caso—. Y si alguno falla, me encargaré yo personalmente de él.

—¿Has oído, «Rocky»? —preguntó una voz.

Se volvieron. Johnnie Mendel estaba en el umbral, con el cuervo en la mano. Los miraba a ambos con los ojos muy abiertos.

—Hola, Micky —dijo.

—Vete, Johnnie —le dijo su hermano—. Vamos, vete, no molestes.

—Estorbamos, «Rocky». En todas partes dicen que estorbamos. Vámonos. —Pero no se movió de la puerta.

—Vamos ya de aquí —ordenó Micky—. Este idiota me pone enfermo. ¿Dónde tiraban por una roca a los chicos que nacían enfermos o tontos?

—Johnnie no es un tonto —respondió Jacky con resentimiento—. El no tiene la culpa si no es de entendimiento rápido, pero es muy bueno.

—Es un imbécil. Y vámonos. Si vuelvo a tener que repetírtelo, me iré yo solo.

—Vete por la puerta. Yo prefiero salir por la parte de atrás. Si mi padre te ve marchar solo no vendrá a meter las narices en el cuarto. Micky salió, después de dirigirle una despreciativa mirada. Johnnie Mendel se apartó para dejarle salir y el cuervo graznó agriamente.

—Acuéstate, Johnnie —dijo Jacky—. Y recuerda, si padre pregunta por mí, dile que ya me fui a la cama.

—¿Y si entra, Jacky?

—No entrará.

—Jacky, ¿por qué no eres tú quien manda y no Micky? Tú eres más listo que él.

—Cállate.

—¿Vais a reuniros en lo de Rooston? —preguntó el niño mientras metía al pájaro en su jaula.

—Cállate, Johnnie, por el amor de Dios y no hagas más preguntas. No se te ocurra hablar de eso delante de nadie, ¿me has comprendido?

—Pero Lew Rom me ha dicho que esta noche les ibais a zurrar a los negros. A él se lo ha dicho su hermano.

—¿Quieres que te corte las orejas, Johnnie? ¿Quieres que lo haga? No vuelvas a escuchar tras de las puertas.

Todos tiritaban de frío cuando Micky Cadogan entró en el garaje, y varios ojos lo miraron con reproche. Había más gente que la vez anterior. Tipos cetrinos, de ropas llamativas, quijadas enormes y dos o tres irlandeses de cara pecosa y pelo largo. Micky contó quince con gran satisfacción.

La aventura unía a las razas.

—¿No podríamos habernos reunido en el bar de Bolo? —preguntó uno de ellos.

—¿Qué quieres, Micky, que nos muramos de frío?

—No, no podíamos. ¿Qué quieres? ¿Que den una batida y nos lleven a todos a la seccional? ¿Os gustaría ir a la seccional ahora?

—No fuimos nosotros los que despeinaron al negro. ¿Hemos venido aquí a charlar o a hacer algo? Tengo una cuenta pendiente con los cochinos negros y por eso estoy aquí. No para morirme de frío.

Varias cabezas asintieron en silencio.

Micky pasó revista a aquellas fauces rígidas. Puede que en aquel momento ninguno de ellos fuera aún un asesino, pero todos ellos estaban ansiosos de ponerse fuera de la ley. Era el gran juego. No bastaba con bordear la ley. Eso llegaba a ser aburrido. Había que saltar con todas sus consecuencias.

Porque sólo entonces podrían llegar a formar parte de las bandas de Big Traver, o de cualquier otro jefecillo local. Y ello supondría salir de la miseria.

—El plan —dijo Micky lentamente—, es el siguiente:

Hizo una pausa significativa.

—Llegaremos a la bolera a la una en punto, justo cuando vayan a cerrarla. Entrarán cinco, entre los cuales iré yo. Los demás se quedarán en el callejón del fondo. A esa hora no hay nadie allí.

—La cafetería de Tollie la desbarataron anteanoche —dijo uno de los italianos—. Fueron los negros de Josh Nat, lo sabe todo el mundo. Y a Tollie lo despacharon de un navajazo en la tripa y le quemaron la cara.

Los ojos de Micky Cadogan relucieron.

—Lo sé. Y esta vez no nos van a coger desprevénidos. ¿Está abierta la bolera?

—Sí.

—Los que se queden en el callejón deberán tener cuidado. Ésos serían los primeros en caer si ese cerdo de Nat supiera lo que se le

viene encima. Jacky mandará a los que se queden allí.

—De acuerdo —dijo Jacky.

—Yo y los que vengan conmigo —prosiguió Micky excitándose gradualmente—, entraremos en la bolera. El repartidor de leche me ha dicho que Josh Nat llega allí siempre sobre la una y media, y que esa maldita perra negra lo espera allí todas las noches. Una vez que hayamos entrado, alguien querrá hacer algo, echarnos, quizá, y entonces comenzaremos a romper cosas.

—¿Qué tiene que hacer esa falda en todo esto? —preguntó uno de los italianos.

—Los negros saltarán —respondió Micky, como si no hubiese oído—. Nosotros les haremos creer que corremos, ellos se envalentonarán y saldrán detrás de nosotros. Allí, los que hayan esperado en el callejón, comenzarán el partido.

—Sí —dijo uno—. Sí, eso es.

—¿Conformes todos? —Era Jacky quien hablaba.

Varias manos se alzaron, con los dedos en círculo.

—Pues entonces, fuera de aquí. Esta noche, a las once, donde ya sabéis.

El salió el primero. Siempre lo hacían por parejas y con intervalos de dos minutos, por lo menos. Pero en el momento en que llegaba a la puerta, tropezó con algo que trataba de escabullirse.

—¡Cogedlo! —ordenó.

La luz de la linterna lo iluminó, mientras varios cuerpos lo rodearon amenazadores. Un graznido recibió a la luz y la cara de Johnnie Mendel surgió entre las sombras.

—¡Maldito idiota! —dijo Micky. Se acercó al niño y le dio un bofetón. Johnnie lanzó un gemido.

—Si vuelves a tocar al chico, te meto un plomo en la tripa —dijo Jacky apareciendo tras de Micky con la pistola en la mano. Los oscuros ojos del judío brillaban con un resplandor tan peligroso que Micky dio involuntariamente un paso atrás.

—¿No has visto cómo nos espiaba, maldición?

—Mi hermano no estaba espiando.

—Yo no espiaba —dijo Johnnie con voz lacrimosa—. Yo no espiaba.

—Dejad al chico —dijo Rom—. Es un pobre de espíritu. Nunca dijo nada de nadie.

Jacky Mendel se puso al lado de su hermano.

—Ya lo habéis oído —advirtió secamente—. Lo haya oído o no lo haya oído, no dirá una sola palabra, pero si alguno de vosotros le hace algo, le meto un plomo en la tripa. Dejad al chico y él no se meterá en nada.

—Dejadlo —dijo Toby Blume—. Vamos, dejad al chico y no perdáis tiempo.

—Recuérdalo bien, Jacky —dijo Micky silabeando lentamente—, como algo salga mal o haya un soplo, nos vamos a encontrar.

—Deja al chico tranquilo —fue la seca respuesta.

—Creo que viene alguien —dijo Rosso.

Nadie venía, pero aquello sirvió para alejar el fantasma de la guerra civil. Uno a uno fueron saliendo del garaje de Rooston.

* * *

—Entonces —dijo Josh Nat—, los esperaremos en la misma esquina. Tú apagarás el farol.

El negro al que señalaba, asintió.

—En el momento en que ellos vayan a llegar a la esquina, ¿entendido, Josh?

—Entonces —dijo Josh Nat—, tú y tú, los iluminaréis con las linternas.

—Sí, Josh.

—Y entonces nosotros les caeremos encima. Todo ello, si este pardo no nos ha mentido.

—No —dijo el repartidor de leche, un mulato muy claro—. No he mentido, lo juro. Jacky Mendel me preguntó y yo le pasé la información que me diste. No he mentido.

Josh Nat estiró los largos brazos.

—Que vengan. Que vengan y se van a llevar la gran sorpresa. Ya pueden venir cuando quieran.

Las caras que lo rodeaban estaban sonrientes. Aquello era una batalla en regla y todos ellos sentían en sus fibras el deseo de la pelea contra los blancos.

—Por último —añadió Josh—, recordadlo bien. Si la policía nos coge, no sabemos nada de nada. Ni un solo nombre. Nos han atacado no sabemos quién y nos hemos defendido.

Uno de los negros, alto, más viejo que los demás, se abrió paso

entre ellos.

—Escucha, hermano.

Josh Nat lo miró con súbita cólera.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Quién te ha llamado?

—Nadie me llamó.

—¡No soy tu hermano!

—De acuerdo, no lo eres.

El otro hablaba lento, muy claramente. Llevaba una vieja bufanda en el cuello, y una trenca con la capucha levantada sobre la cara.

—Pero escúchame. Vais a hacer una tontería. A esos tipos se les puede echar sin necesidad de derramar sangre negra. Os bastaría con denunciarlos a la policía. Son basura.

—¡No vamos a denunciar a nadie a la «poli»! ¡Y tú eres un Panther! ¿Tú hablas de denunciar a la policía?

—Soy un Panther, y no queremos que nos cuelguen una cosa así, y lo harán. Esos tipos han cometido un asesinato. Entreguémoslos a la policía. Ellos nos librarán de esa basura.

Algunos silbidos saludaron sus palabras. Varios brazos se movieron hacia el Black Panther, amenazadoramente. El hombre no se inmutó.

—Vamos, hermanos, no son ésas las maneras de hacer una cosa así...

Los miró a los rostros y se encogió de hombros.

—No pidáis ayuda después, cuando la policía os persiga. No nos la pidáis a nosotros.

—¿Por qué no lo tiramos al río? —preguntó uno de los negros de Nat.

—Porque, si lo hacéis, vendrán otros y no os libraréis de ellos. Vamos, hermanos, pensadlo bien. Una llamada a la policía y os quitaríais de encima a esa basura blanca.

—Vete —dijo Josh Nat—. No necesitamos vuestra ayuda para nada.

—Tenemos una lucha —dijo el hombre—. Una lucha común. Pero no contra una basura. Contra todos los blancos y contra la situación.

—No queremos mítines aquí —dijo Josh—. Vete, antes de que no pueda contener a los muchachos.

El hombre lo miró, se alzó de hombros y dio media vuelta. Apartó a un negro que le estorbaba y desapareció.

—¡Decirnos que diéramos el soplo! —dijo uno de los negros—. ¡Están locos! Que se ocupen de sus asuntos.

Todos ellos se habían criado en la idea de que un soplón es la cosa más despreciable. Aparte de que un soplón suele vivir poco tiempo y mal.

Josh Nat estaba tembloroso.

—Maldito entrometido. ¡Que se vaya con sus hermanos! No lo queremos por aquí.

Se contuvo con un esfuerzo.

—Dispersaos. A las once, cada uno en su puesto.

Comenzó la desbandada. Josh se quedó un momento, solo, entre las ruinas de la vieja fábrica de papel, agarrado a una columna, con la mirada extraviada.

Sabía que tenía que pensar en todos los detalles de la lucha, pero la presencia del hermano le había descentrado. No hacía mucho tiempo, un par de años, que un hermano le había hablado de unirse a la lucha. Josh se le había reído en las barbas. El tenía su propia lucha: la de formar una auténtica banda. No le interesaba la lucha con los blancos más que en su vertiente de venganza. Lo que le interesaba era el *gang*.

Unirse a los Black Panthers... ¡qué idiotez! Ésos no querían el dinero, querían... cosas no tan tangibles. La hermandad de todos los negros, la lucha contra el blanco. Stokely Carmichael había sido un tío estupendo, pero cuando los cogían recibían más palos que un ladrón si lo pescaban. Los policías les fraguaban pruebas que no existían...

Sacudió la cabeza y se dirigió hacia la casa de Milly. Ahora sí, ahora tenía que pensar en todos los detalles de la lucha.

* * *

McFee penetró en el salón de billares de Pop Papirosh, seguido de Kleist. Eran las ocho y media y estaba lleno. Algunas mesas estaban libres aún.

Pop Papirosh no estaba solo.

A su lado había un hombre gordo, con el sombrero puesto y un puro entre los morros. Ambos miraron fijamente a los agentes de policía.

McFee se plantó ante Papirosh.

—Pasó el plazo, Pop —dijo.

El griego lanzó una mirada circular.

—Vengan a mi despacho, ¿quieren? —preguntó.

—Vamos, pero el plazo ha pasado, Pop.

Penetraron en el cubículo. McFee lanzó un papel sobre la mesa.

—Esto es un mandamiento, Pop. Un mandamiento para cerrar el salón de billar. Usted me va a decir si tengo que utilizarlo o no. Y que conste...

Hizo una pausa.

—Y que conste que nada me agradaría tanto como utilizarlo. Le estoy esperando, Papirosh.

El griego no contestó por el momento.

Se limitaba a mirarlos y McFee comprendió que él había ganado la partida.

Casi podía seguir los pensamientos del contrahecho: si le cerraban el local las pérdidas serían cuantiosas, ya que lo de menos era el negocio, sino lo que los pandilleros le pagaban por tener allí su vivero de futuros maleantes.

Asintió. Sus oscuros ojos, orlados de largas pestañas, se entrecerraron.

Luego miró al otro hombre. Los dos parecieron comprenderse con la mirada.

—¿Qué es lo que quieren ustedes saber?

—¿Está dispuesto a colaborar, Papirosh?

—Usted pregunte. Le presento a O. C. Tiene un gimnasio cerca.

—No conozco a O. C. Vine para verlo a usted. ¿Tiene él algo que ver con el asunto?

—Sí. Fue en su gimnasio donde tuvo lugar un intento de asesinato entre negros y blancos.

—Ya.

—Bien, dígame lo que quiere saber, inspector.

—¿Qué quería sacar de aquí Pet Adeanu una noche?

Papirosh asintió, moviendo lentamente la cabeza.

—Hablar con uno de los muchachos.

—¿Nombre?

—Jacky Mendel.

—¿Dirección?

—No la conozco, inspector, palabra.

McFee comprendió que estaba diciendo la verdad. Cuando un tipo como Pop Papirosh comienza a hablar, no es para guardarse detalles importantes. Lo ha pensado bien.

—Inspector, ¿podríamos considerar que lo que digamos aquí será estrictamente confidencial?

—No, no podremos considerarlo confidencial.

Al ver la cara de los otros dos hombres, Kleist intervino con tacto:

—Supongamos que sí, Papirosh.

—¿Lo... suponemos?

—Sí. ¿Qué nos puede usted decir?

—Kleist, no seas blando —gruñó McFee—. Hemos venido con la fuerza.

—Discutámoslo, Mort. No cuesta nada. Bien, Papirosh, ¿teme a las represalias?

—No. Pero hay... bien, hay otras cosas. Lo que Adeanu quería era que Mendel le ayudase a vengar a su viejo. Pero eso podrían habérselo preguntado a él.

—No queremos sentarlo en el banquillo de los acusados, Papirosh.

—Pero, entonces, ¿qué es lo que quieren?

McFee le puso la pesada mano en el hombro. Le acercó mucho la cara.

—Queremos impedir un enfrentamiento entre negros y blancos en Nueva York. Eso es lo que queremos. ¿No puede entenderlo, Papirosh?

El hombre grueso del cigarro se sacó éste de la boca y apuntó con él a los agentes.

—Ahí quería yo verlos a ustedes.

—¿Ah, sí?

McFee se volvió hacia él con el ceño fruncido.

—Sí, «poli»... Sí, inspector. Nosotros tampoco queremos una cosa así. Y que conste que yo no tengo nada que temer de la policía. Pero no queremos ver arder Harlem o la linde, o algún barrio blanco, como en Detroit y como en Los Angeles. No queremos. A mí la lucha, que me la den entre doce cuerdas y con la gente apostando, no tirando bombas de gasolina en los comercios, ni matando policías, ni gente...

McFee le miraba con atención.

—Vamos, deje la verborrea.

—Fueron unos negros quienes mataron a Adeanu.

—Eso ya lo sabemos, Pop. No nos dice nada nuevo. Lo que queremos saber es si Pet Adeanu consiguió la ayuda que quería o no.

—Pues...

Pop eligió cuidadosamente las palabras.

—Pues pudiera ser que sí. Yo, al menos, los he visto muy soliviantados estos días.

—Yo diría que sí —terció O. C., volviendo a meterse el puro en la boca—. Ya saben lo que ocurrió en mi gimnasio. He oído hablar a muchachos negros que no pertenecen a ninguna pandilla, muchachos serios, limpios, que lo que quieren es abrirse camino con los guantes, y sé que están ocurriendo cosas.

—Cosas que pueden llegar hasta el asesinato de un negro, ¿verdad? —preguntó McFee violentamente.

—A un chico mío, que prometía mucho, lo han matado, eso es lo que sé. Y se dice que fue un blanco, o varios blancos. Y... bueno, para que vea que quiero colaborar: se decía que Tim Soozanne pertenecía a una pandilla. No me importaba mucho, porque el chico prometía, había allí un campeón para Manhattan. Eso es lo que sé.

—No estamos sacando trapos sucios a relucir ahora —dijo McFee—. Lo que queremos es evitar el enfrentamiento. ¿Me han entendido? Pues sigo: usted, Papirosh, conoce a toda la gentuza de aquí desde hace muchos años. Sabe a quiénes pidió ayuda Adeanu, y puede llegar a saber si la consiguió o no.

—Bueno, sí, lo voy a decir... —comenzó el griego.

En ese momento el niño entró en el salón. Llevaba en la mano un pájaro negro y miraba a su alrededor con aire apacible.

Pop examinó al niño y algo brilló en su mirada. McFee lo vio. Y lo comprendió.

El astuto judío estaba viendo la posibilidad de descargarse de responsabilidades. Porque el gesto que hizo a continuación era inconfundible. Les estaba señalando al niño.

—Vamos —dijo Kleist al ver que el muchachito volvía a salir tras no haber encontrado allí lo que buscaba, al parecer.

Y salieron tras de él, después de hacerles a los oídos dos señas de que no se movieran de allí. Vieron cómo el chico se encaminaba hacia una de las casas, en cuyo piso bajo había un negocio de

prendería, y se metía en él.

—Llama a Gleason y dile que tengo unos cuantos coches preparados y que avise a

O'Ley,

si quiere. Pero que no hagan barullo. Y avisa también a la central telefónica del distrito para que dejen sin servicio el circuito de Pop Papirosh. No quiero que después de cantar pase el aviso a la caza. ¡Vivo!

Kleist no aguardó para enterarse de lo que ocurría. Estaba acostumbrado a obedecer las órdenes al momento y a interpretarlas. Salió corriendo y se metió en una cabina telefónica.

McFee entró en la prendería. Un judío tuerto, de aguileña nariz, lo miró y le preguntó lo que deseaba.

—Quiero hablar con usted y con ese chiquillo que ha entrado aquí, Mendel —respondió McFee—. Lo recuerdo a usted. Soy el inspector McFee, de la jefatura de policía.

—¿Qué quiere, inspector? ¿Hablar con mi hijo? ¿Para qué? Esa pobre criatura no es muy despabilada. ¿Qué quiere usted de él?

—Hablar con él, ya se lo he dicho. Llámelo. Usted es un perista, Mendel. ¿Prefiere colaborar o llamo a mis hombres? Le cerramos la tienda para siempre, Mendel.

—Johnnie —llamó Manashé—. Sal. Ven aquí.

El chiquillo obedeció. Se quedó mirando a McFee con sus ojillos redondos.

McFee se inclinó hacia él.

—¿Qué buscabas en el billar de Pop?

—¿Yo, señor? Nada. Sólo salimos a dar una vuelta «Rocky» y yo. Éste es «Rocky». Y usted, ¿quién es?

—Eso no importa ahora, hijo. Mira, si me dices lo que buscabas en el billar de Pop te daré medio dólar.

—¿Se puede saber lo que está usted buscando? —preguntó Mendel furiosamente—. ¡Deje al chico! ¿No ve que es un bendito de Dios? ¿No ve que Dios no le dio luces suficientes?

McFee no le hizo el menor caso. Únicamente se limitó a alzar un brazo.

—Un dólar, Johnnie, te daré un... no, cinco dólares, si me lo dices. En ese momento Kleist abrió la puerta y entró silenciosamente.

—Vamos, Johnnie, hijo, ¿me lo dices?

—¿Puedo coger esos cinco dólares, padre? —preguntó el niño.

Mendel, vacilante, iba a negar, cuando Kleist se le puso delante, ocultándolo a la vista del chiquillo.

—Vamos, Johnnie, habla, muchacho.

—¿Quién es usted, señor?

—Cinco dólares, Johnnie. Aquí están.

Sacó el billete del bolsillo y se lo enseñó. Mendel iba a hablar, pero Kleist lo empujó contra el mostrador.

—O se calla o nos lo llevamos.

Y en ese momento el cuervo graznó.

CAPÍTULO X

Todos se sobresaltaron ligeramente.

—¿Se lo decimos, «Rocky»? —preguntó Johnnie—. Sí, se lo decimos. Iba a buscar a Jacky.

—¿Quién es Jacky?

—Mi hermano, claro. Pero no estaba allí. Anda siempre con Micky Cadogan, y Micky Cadogan es un bruto. Me pegó.

McFee se volvió hacia Mendel interrogativamente.

El judío se encogió de hombros.

—Es un golfo irlandés que aspira a llegar a tener su propia pandilla. Le he dicho a mi hijo que no ande con él, pero si insiste en hacerlo, ¿qué puedo yo?

Al ver la mirada del policía añadió:

—Bien, sea lo que Dios quiera. Yo no sé lo que estarán tramando, pero le juro que he hecho todo lo posible para impedirle que siguiera ese camino, pero un inválido como yo... Sus hermanos... ¡Maldita América!

Había sido como un grito.

—¡Maldita América y maldita la miseria que me obligó a venir a este país!

—Eso antes, no ahora, Mendel. Bien, no vamos a discutirlo ahora. ¿Dónde se puede encontrar a Cadogan?

—No lo sé —respondió el viejo, vencido—. No lo sé.

Son una pandilla de bribones y andan siempre por ahí. No trabajan, sólo persiguen a las chicas y todo lo que quieren es que crean que son pistoleros.

Puso la mano sobre el hombro de Johnnie. Éste clavó en él sus ojos de vacuo mirar.

—Van a ir a zurrar a los negros de Nat —dijo el chiquillo de pronto—. Eso es lo que van a hacer esta noche. Les darán una buena paliza, porque son unos bastardos hijos de perra, dice Jacky. En la bolera de Tollie, en la calle 137.

El cuervo graznó y le picó en la oreja.

McFee y Kleist se miraron.

—Bien —dijo el primero—. Estáte preparado para cuando vengan los coches. Que se queden en la...

Lo pensó un momento.

—¿Recuerdas la taberna destrozada? —dijo Kleist suavemente.

—Sí. Que se queden por la calle 138 y avisa que vengan más coches. Más, los que puedan. Que rodeen la zona.

Soltó el aire por entre los dientes cerrados.

—Por fin pisamos terreno firme. Y usted, Mendel, ni una sola palabra. ¿Comprende?

El viejo no le escuchaba siquiera. Seguía con una mano puesta sobre la cabeza de su hijo más pequeño, Yon, al cual llamaban Johnnie. Kleist los miró durante un segundo. Parecían una estampa bíblica.

—Maldita América —repetía Manashé Mendel—. Maldita América, y maldita el hambre que nos obligó a venir a ella.

* * *

—Las once y media —dijo Cadogan mirando su reloj—. En marcha. La nevada era espesa.

A. aquella hora las máquinas quitanieves habían cesado ya su trabajo, convencidos sus conductores de la imposibilidad de sus esfuerzos.

Sobre las aceras había una capa de casi cuatro pulgadas de espesor. Envueltos en aquel blanco manto, fueron avanzando lentamente, a poca distancia unos de otros, llamándose de vez en cuando con tenues silbidos.

Al llegar al punto indicado, se dividieron en dos grupos. Cada uno de ellos tomó el que había sido marcado de antemano.

A esa misma hora, quietos en sus puestos, golpeándose las manos para que no se les helaran, los negros de Josh Nat llevaban casi media hora enfriándose por momentos.

Los negros ojos examinaban con desconfianza cada peatón que pasaba aprisa, camino de la boca del Metro o de la taberna habitual.

Eran ya pocos. Los judíos dormían ya, cansados de todo un día ante el mostrador de la prendería, o de la casa de empeños. Los irlandeses bebían concentradamente en sus bares, y hasta los marineros habían dejado de besuquear a las chicas en las escaleras

de las casas, porque hacía demasiado frío. Babel se preparaba para dormir.

—Creo que están llegando —dijo Al Hobbart en voz baja.

Sacó la pistola y apuntó cuidadosamente al farol.

—Me parece haber visto una sombra por allí —dijo Josh Nat, señalando al otro lado del poste indicador de calles.

—No —respondió Al—. Es por allí por donde tienen que venir.

El callejón estaba oscuro. Cerrada la cafetería de Tollie, sólo la flecha indicadora de la bolera iluminaba la calle.

—Pues te digo que he visto algo por allí. Voy a decir que alumbren ya.

—Espérate un poco, Josh. No quiero fallar el tiro. Te digo que aún no es el momento.

No querían encender luz para mirar los relojes. Nat pataleó de impaciencia.

—Lo he visto —respondió en voz baja, con un impresionante susurro—. Te digo que he visto moverse algo allí.

Hubo un ligero silencio.

—Vamos, Al, dispara ya. ¡Te digo que dispaes!

Uno de los negros intervino:

—Yo veo mejor que vosotros, y no hay nada aún.

—¿No?

El viento era helado. Los pies bailaban incansablemente sobre el asfalto.

—Ahora —dijo el último que había hablado—. Yo creo que ahora... ¡Sí!

—¡Dispara!

Al disparó con su pistola de aire comprimido. La sorda detonación, casi un taponazo, se mezcló a los vidrios rotos.

La luz del reverbero se apagó.

Y ahora, según los cálculos de Nat, las dos linternas deberían encenderse.

Se encendieron.

Y allí, en medio de la calzada, había un grupo de hombres.

Vistos desde lo alto de la tapia, donde estaba Nat, parecían ridículamente pequeños, envueltos en sus chaquetones, abrigos y cazadoras de cuero.

Pero en sus manos relampagueaban las pistolas, las navajas y los

peligrosos puños de hierro para el combate cuerpo a cuerpo.

—¡A ellos! —gritó Josh Nat.

Era el grupo que Micky había destacado para que esperara en el callejón de la bolera.

Nat, hundiendo casi hasta los tobillos en la nieve, avanzó corriendo. Sus hombres lo seguían. También ellos llevaban los bates de

base-ball

, las navajas, las pistolas de fuego y de aire comprimido, y los hilos metálicos de cortar jabón sujetos a palos de madera.

Y entonces el aire comenzó a llenarse del sonido de los silbatos policíacos.

Taladraban los oídos y parecían proceder de todas partes a la vez. Era un sonido tan insólito en esos momentos que todos, tanto negros como blancos, se quedaron clavados en sus lugares respectivos y sólo sus cabezas, revolviéndose hacia uno y otro lado, parecían haber quedado vivas.

No eran solamente silbatos. Eran uniformes azules.

Muchos. Incontables.

Cuando los músculos de los combatientes, galvanizados a la acción, los enviaron saltando hacia atrás, cada uno de ellos tenía a su lado a dos corpulentos agentes, con las porras en la mano, los cascos en la cabeza y las armas de fuego preparadas.

—¡Cuidado! —aulló la voz de McFee desde el altavoz—. ¡No quiero que se hiera a nadie! ¡Vamos, a los coches, pronto!

No se oyó más que un solo grito, y éste fue de rabia.

Micky Cadogan había salido de la bolera y en el mismo momento fue atenazado por cuatro robustos brazos. Se debatía de tal manera que apenas podían sujetarle.

—¡Malditos asquerosos! —aullaba—. ¡A todos vosotros, hijos de la perra, os voy a...! ¡Os voy a sacar las tripas! ¡A todos os voy a sacar las tripas!

Los coches celulares se estaban aproximando, lentamente, sobre la nieve. Los faros, sobre sus capotas, brillaban. Un foco potentísimo se encendió en alguna parte.

La operación había sido tan rápida que cuando los irlandeses se asomaron a las puertas de sus tabernas, los negros a las de las suyas, y cuando los judíos asomaron las narices por las ventanas, el último de los detenidos desaparecía por la trasera de los coches prisión.

Cuando abrieron las bocas para preguntarse lo que ocurría, todo había terminado.

McFee, desde lo alto del automóvil, dejó el megáfono y se secó la frente.

A su lado, Gleason se acurrucó friolero en su gabán.

—Brrr... —dijo—. Ya ha acabado.

—Sí, ha acabado —respondió Kleist—. Pero ¿qué vamos a hacer con toda esa gente? ¿Qué vamos a hacer con ellos? ¿Eh? ¿Qué vamos a hacer?

—Por favor, no me chilles —dijo el inspector jefe—. Porque yo no lo sé. Ni soy quien debe decidirlo.

McFee se bajó del techo de un salto y se puso ante el volante. De pronto sacó la cabeza por la ventanilla del coche.

Por la calle, luchando contra la fuerza de la nieve, llegaba un viejo cojo y tuerto y un chiquillo con un pájaro negro posado sobre el hombro.

—¡Váyase a su casa, Mendel, y rece! —le gritó McFee.

El otro le miró sin ver, y no pareció reconocerle. Pero el niño le hizo una amistosa seña con la mano.

Sólo que la seña se perdió porque la calle se había llenado de curiosos que se interrogaban a voces y que maldecían unánimemente a la policía, si bien lo hacían más por costumbre que por otra causa.

—¿Rezará? —preguntó Kleist pensativamente.

Pero nadie le contestó porque ninguno de ellos lo sabía.

El coche rodaba ya hacia la Séptima Avenida.

—¿Sabes lo que te digo, Gleason? —preguntó de pronto McFee.

Su voz tenía un tono salvaje.

—¿Sabes lo que te digo? Que no hemos hecho más que suprimir la tos, pero no curar la pulmonía. Eso es lo que hemos hecho y no otra cosa.

—Y bien, ¿qué quieres que haga yo?

—¡No lo sé, ni tú tampoco, supongo!

—Quizá la UNESCO pueda lograr algo, pero de momento, muchacho, al suprimir la tos hemos suprimido un síntoma muy molesto.

—Amén —dijo Kleist.

—No nos corresponde a nosotros, té digo.

—Bueno, y a Dios, claro.

McFee dijo:

—Nos corresponde a todos nosotros, como *homo sapiens* y como personas de conciencia. No podemos evadirnos de esas dos circunstancias, creo yo.

—Bueno, eso es lo que crees tú, pero hay quien puede decidir y que seguramente decidirá.

Gleason le puso una mano sobre el hombro.

—Escucha, muchacho...

—¿Qué diablos quieres ahora? ¿Otro sermón?

—El sermón nos lo estás soltando tú. Si no podemos hacer otra cosa, vámonos a casa y mañana encontraremos algo que decir.

Hubo un silencio.

—¿Sabéis lo que voy a hacer yo? —preguntó McFee.

—No, y no lo digas si es para...

—Os lo diré.

Dio un brusco viraje al volante.

—Voy a ir a casa de cierta persona con la cual estaba dispuesto a cenar y...

—¿T. Felder?

—¡T. Felder, sí! Y no es que tenga ganas de comer después de lo que hemos presenciado esta noche, pero es lo que voy a hacer.

—¿Quieres que vaya contigo? —preguntó Kleist—. Te encuentro un poco excitado. Tal vez pueda convencer a T. Felder de que tu excitación se debe a una sobrecarga de trabajo.

—Vete al diablo.

* * *

T. Felder le abrió la puerta.

—Acabo de oír el boletín de la radio —dijo.

—¿Sí?

McFee le dijo lo que podía hacer con el boletín de la radio. En cinco palabras. Ella lo miró sorprendida.

—Estabas allí, ¿verdad?

—En medio. En el vértice.

—Pasa y siéntate. Ponte...

—Cómodo, ya lo sé. Te pasas la vida poniéndome cómodo.

—Escucha, si piensas que voy a soportar otra de tus andanadas...

—Estoy equivocado, ya lo sé. Pero me pondré lo que tú llamas cómodo. Es decir...

Le miró a los ojos.

—Perdona.

Ella no respondió. Se dirigió hacia el bar y se colocó tras el pequeño mostrador de madera de encina.

—¿Qué va a beber el caballero?

—*Whisky*.

Se sentó en el taburete.

—Escucha, T. Felder... Por cierto, ¿cómo diablos te llamas? ¿Cuál es tu nombre? He pasado una noche contigo y ni siquiera te lo pregunté.

—Sería porque no te interesaba lo suficiente.

—No. No era eso. Es porque me interesabas tú más.

—Es Timany. Timany Felder.

—Mucho gusto, Timany.

—Bebe.

Bebieron, con los brazos cruzados.

—Y ahora, ¿puedes contarme lo que ha ocurrido? Tú Quiero saberlo por tu boca, no por el boletín.

—Ha ocurrido que no ha ocurrido nada. Hemos sorprendido a dos pandillas, una de negros y otra de blancos, dispuestos a romperse las caras, los huesos, a rajarse las tripas, a cortarse en trozos, y lo hemos impedido. Pero... ¿hemos conseguido algo? Kleist dice que recemos. Gleason dice que la solución la tienen que dar los que están colocados en un escalón más alto que nosotros, y yo digo...

Ella le contemplaba muy cerca, apoyada en el mostrador.

—Y tú dices..., ¿qué?

—Yo digo que... Maldición, no te acerques tanto o no podré decírtelo.

Ella se apartó para preparar otra bebida.

—¿Cuánto ganas en tu trabajo? —preguntó McFee.

—No te importa.

—¿Cuánto gana tu padre en un año?

—No te importa.

—Pues hay una cosa que me importa. Que vas a tener que arreglarte con quince mil al año, incluidos extraordinarios y pagados impuestos.

—¿Tú crees?

—Lo creo... ¡Sí, diablos, lo creo! ¡Te arreglarás!

—Bebe.

Dio la vuelta al mostrador y se le acercó hasta estar pegada a él.

—Ven, siéntate y dímelo todo. Todo. Todo, Morton. Es el precio que tendrás que pagar por obligar a que me conforme con quince mil al año.

Hizo una pausa mientras él la contemplaba turbiamente.

—Eso... si lo consideras necesario.

—Lo considero así. Ve metiéndotelo en la cabeza.

El diván estaba muy cerca. Y McFee, deseoso de estrecharla entre sus brazos. Después le contaría... todo. Todo. Aunque le dolía. Le dolía aún.

FIN



Frank McFair, seudónimo utilizado, junto con Russ Tryon y como Henri Darzac, por el escritor español Francisco Cortés Rubio. Nació en Madrid, en 1924. Ya desde muy joven se siente atraído por la literatura, a la que se dedica de lleno en 1948, casi siempre en la modalidad policíaca, aunque tiene escritas varias obras de teatro, policíacas también, no estrenadas aun. Ha publicado en diversas editoriales españolas, argentinas, mejicanas, francesas, italianas y portuguesas. Su estilo se caracteriza por su agilidad, facilidad de expresión, y profundos estudios psicológicos de los personajes que trata, así como de un humorismo extraño, macabro a veces, en el que la paradoja juega siempre un importante papel. Prolífico autor de más de cincuenta títulos de intriga y misterio en los años 70 y 80 publicados en novelas cortas por la editorial Andina.